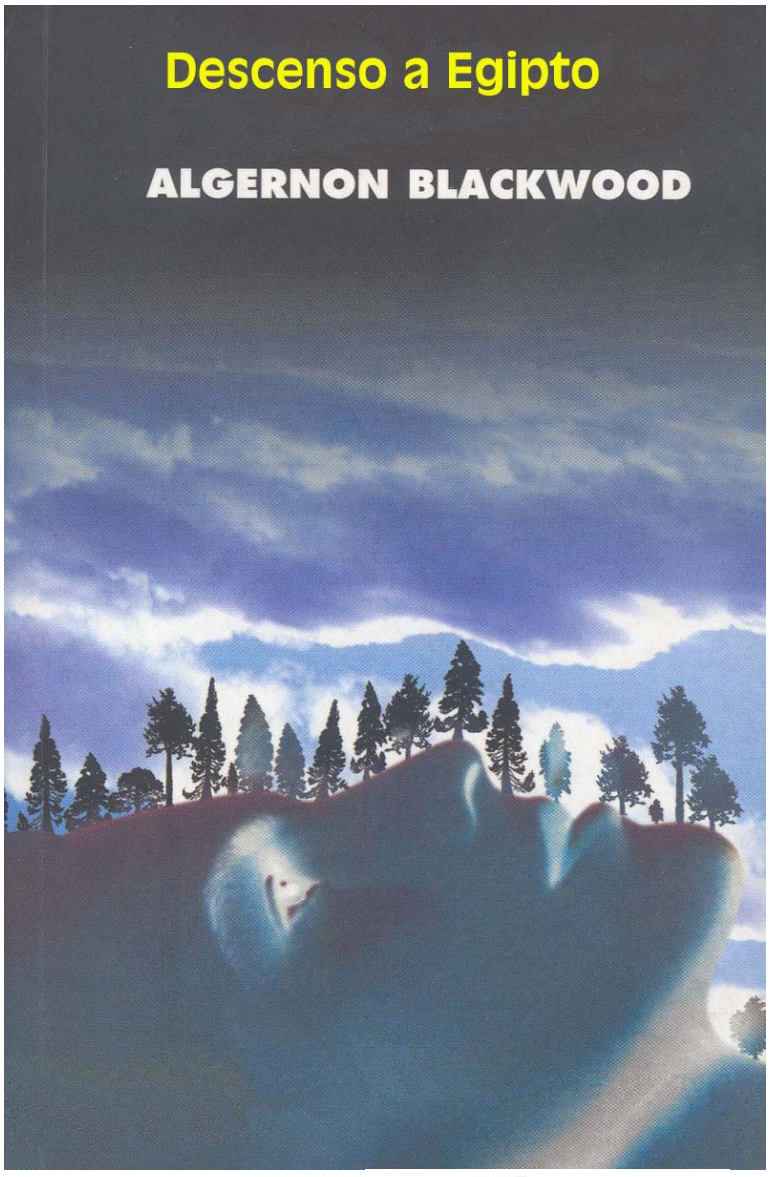
LIBRO dot.com

DESCENSO A EGIPTO

ALGERNON BLACKWOOD



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Era un hombre polifacético y capaz, al que algunas personas calificaban incluso de brillante. Tras sus muchas aptitudes había tal riqueza de materiales, que de haber sido sometidos a una selección adecuada, podrían haber alcanzado la auténtica excelencia. Sin embargo, movido por una curiosidad insaciable que hacía que nunca parara quieto, se dedicaba a demasiadas cosas como para llegar a descollar en alguna de ellas. No obstante, George Isley era un hombre competente. Su breve carrera en el cuerpo diplomático así lo había demostrado, a pesar de lo cual, cuando la abandonó para dedicarse a los viajes y las exploraciones, no hubo nadie que pensara que era una lástima. Haría grandes cosas en cualquier actividad que emprendiera. Simplemente trataba de encontrarse a sí mismo.

Entre las piedras movedizas de la humanidad, algunas terminan por coger musgo de un valor considerable. No hay por qué considerarlos unos holgazanes; viajan con poco equipaje; y las cómodas oquedades hacia las que se sienten atraídas la mayoría de las personas en el gran juego de la vida son demasiado pequeñas para retenerlos: entran en ellas y al instante ya han salido. Todo el mundo exclama:

«¡Qué pena! ¡No perseveran en nada!» Pero lo único que ocurre es que, al igual que las aves migratorias, siempre están buscando el nido que más les conviene. Es una simple cuestión de valores. Toman rápidamente una decisión, cambian la dirección de su vuelo, y antes de que llegue a sus oídos el comentario de que podrían «haberse retirado con una buena pensión», ya han desaparecido.

George Isley pertenecía sin duda a ese tipo de espíritus vagabundos y errantes. Pero no era ni mucho menos un holgazán. Simplemente sentía el anhelo insaciable de encontrar ese nido mullido en el que poder establecerse de forma permanente. Y acompañado por el coro unánime de suspiros y lamentos de todos sus amigos, terminó por encontrarlo; y lo encontró, además, no en el presente, sino retirándose del mundo «sin una buena pensión» y desprovisto de cualquier tipo de honores y distinciones. Se alejó del presente y se fue deslizando poco a poco hacia ese Pasado grandioso al que pertenecía. El cómo y el por qué lo hizo, o cuáles fueron los extraños instintos que le impulsaron a realizar aquello, es algo que aún se desconoce y que constituye el hondo secreto de una vida interior que no encontró acomodo en el mundo moderno. Tales instintos no se pueden desvelar utilizando el lenguaje propio del siglo veinte, ni es posible describir con exactitud los detalles de un viaje de esa índole. Excepción hecha de unos cuantos poetas, profetas, psiquiatras y otras gentes similares, la mayoría de las personas suelen desdeñar tales experiencias clasificándolas bajo la etiqueta museística de lo «raro».

Quien esto escribe -que por puro azar fue testigo de alguno de los signos visibles y externos de ese viaje espiritual interior- también merece el honor de que se le aplique tal etiqueta. Sin embargo, la asombrosa realidad de la experiencia es innegable; y el hecho de que tan sólo el autor de estas páginas posea alguna de las posibles claves de la misma, quizá se deba a que también él, aunque de una forma menos imperiosa, se sintió tentado de emprender un viaje similar. En todo caso, esta interpretación está destinada a aquellos pocos que son conscientes de que los trenes y demás vehículos motorizados no son los únicos medios de viajar de que dispone nuestra progresista especie.

Intimé con George Isley en su juventud, y aún hoy le sigo tratando. Pero el George Isley que conocí en el pasado, aquella personalidad arrolladora con quien compartí viajes, escaladas y expediciones, ya no se encuentra entre nosotros. No está aquí. Fue

desapareciendo gradualmente hasta perderse en el pasado. George Isley ya no existe. Y que una personalidad de tal calibre se desvaneciera, cuando aún no había cumplido los cincuenta, mientras alguien con su mismo aspecto siga paseando por las calles de siempre, aparentemente con toda normalidad, es una historia que, por más difícil que resulte, es digna de ser contada. Aunque yo fui testigo de esa lenta inmersión, y sé que fue algo muy gradual, no pretendo comprender su significado último. En todo aquel asunto hubo algo muy dudoso y siniestro que permitía vislumbrar unas posibilidades increíbles. De existir un cuerpo de policía espiritual, es posible que el caso se hubiera podido aclarar en parte, pero dado que ninguna de las iglesias existentes parece haber tomado ninguna medida eficaz en este sentido, se diría que sólo queda recurrir a una de esas dichosas fórmulas mágicas que todo lo explican o a hacer comentarios en voz baja sobre un posible trastorno mental o cosa semejante. Como es natural, tales etiquetas, como tantos otros clichés en la vida, no explican gran cosa. En esa figura de porte marcial, vestida siempre de punta en blanco, que pasea por Picadilly, asiste a las carreras o sale a cenar, no hay signo de trastorno mental alguno. Su semblante no expresa melancolía y en sus ojos no hay ni un atisbo de furia. Sus gestos son reposados y su hablar comedido. Y sin embargo, tiene la mirada perdida y el rostro carece de expresión. Su persona transmite una sensación de vacío que invita a reflexionar. Si no llama en exceso la atención se debe, sin duda, a que, en esta vida, son pocos los que esperan u ofrecen mucho más que eso.

Quizá una observación más minuciosa lleve a plantearse algunos interrogantes, o quizá no; me temo que más bien a esto último. En cualquier caso, alguien puede llegar a preguntarse por qué ese algo que continuamente se espera no hace nunca su aparición, o quedarse aguardando a que se presente algún signo de esa «personalidad» que la presencia general del hombre hace previsible. Quien así lo haga se llevará sin duda una decepción; pero desafío a cualquiera a que advierta el más mínimo atisbo de desorden mental, trastorno psíquico o afección nerviosa, pues no hallará en él nada de eso. Puede que no se tarde mucho en tener la sensación de estar hablando con el muñeco de un ventrílocuo o con un autómata perfectamente entrenado; un ser insignificante carente de una vitalidad espontánea. También es posible que, más adelante, se descubra que el recuerdo de tal individuo se desvanece rápidamente sin dejar la más mínima huella en nuestra memoria. No voy a negar tal posibilidad, pero en ello no ha de verse nada patológico. Habrá a quienes esta discrepancia entre las expectativas y las realidades les despierte la curiosidad, pero la mayoría, acostumbrada a juzgar las cosas por las apariencias, se dirán: «un tipo agradable pero sin nada de especial...» y al cabo de una hora ya le habrán olvidado por completo.

Pues como quizá ya se habrá adivinado, la verdad es que durante todo este tiempo no se ha estado sentado al lado de nadie; no se ha hablado, mirado o escuchado a nadie. De ese trato no se ha obtenido nada que pueda dar lugar a una reacción humana; buena, mala o indiferente. George Isley no existe. Y tal descubrimiento, en caso de haberse producido, ni siquiera habrá provocado un temblor de inquietud, pues el exterior de la persona resulta extremadamente grato. El George Isley de hoy en día es como un cuadro que no encierra ningún significado y que complace meramente por la armonía cromática con que se presenta un tema insustancial. En el reducido ámbito social en el que nació pasa desapercibido, sin salirse del carril en el que unos hábitos adquiridos a edad temprana han hecho que se sienta perfectamente cómodo. Nadie sospecha nada; nadie, claro está, excepto aquellos pocos con quienes le unió una estrecha amistad en otras épocas. Sin embargo, su vida

errante ha hecho que éstos se encuentren desperdigados por todo el mundo, y la mayoría de ellos ya se habrán olvidado de cómo era él. Encarna con tal perfección los modales del hombre convencional a la moda, que ninguna de las mujeres de su «círculo» se da cuenta de que hay algo que le diferencia del tipo al que están acostumbradas. Devuelve los cumplidos ateniéndose al lenguaje establecido en los manuales que ellas manejan, da paseos en coche, juega al golf y hace apuestas, según los cánones que rigen en ese mundo concreto. Es un perfecto y excelente autómata. Es un ser inexistente. Es la forma vacía de un ser humano.

2

Hacía varios años que el nombre de George Isley andaba en boca de todo el mundo, cuando tras un período de tiempo considerable volvimos a encontrarnos en un hotel de Egipto, donde yo había ido por motivos de salud y él por razones que, al principio, me eran desconocidas. Sin embargo, no tardé en averiguarlo: la pasión por las excavaciones y la arqueología había hecho presa en él, aunque se había dedicado a ello con tal discreción que nadie parecía haberse enterado. No estoy seguro de que se alegrara de verme, pues en un primer momento trató de evitarme; molesto, al parecer, de que alguien le hubiera localizado. No obstante, luego debió pensárselo mejor y, tras algunas vacilaciones, se acercó a mí. Me saludó realizando un extraño movimiento de todo el cuerpo con el que pareció sacudirse de encima algo que le había hecho olvidar mi identidad. Había en su actitud un cierto patetismo, casi como si esperara provocar un sentimiento de compasión.

-Llevo por aquí, yendo de un lado para otro, durante los últimos tres años -dijo, tras contarme alguna de las cosas que había estado haciendo-. Encuentro que es la afición más gratificante del mundo. Aspira a reconstruir -me refiero, por supuesto, a una reconstrucción imaginaria- algo grandioso que el mundo ha perdido por completo. Créeme, es una afición maravillosa y estimulante, verdaderamente seduc... sacrificada -rápidamente cambió de palabra.

Recuerdo haberle mirado de arriba a abajo con verdadero estupor. Se apreciaba un cambio en él, una carencia; había algo que se echaba en falta en su entusiasmo, en el timbre de su voz, en sus ademanes. Los elementos que componían su personalidad no estaban combinados exactamente del mismo modo que antaño. No quise incomodarle haciéndole preguntas, pero lo cierto es que desde el primer instante advertí esa sutil alteración en su persona. Aquel hombre presentaba una nueva faceta de su personalidad. Todo lo que en él había de independiente y de enérgico había sido sustituido por una especie de vacuidad que inspiraba compasión. Ese cambio se apreciaba incluso en su fisico; producía la extraña sensación de haber empequeñecido. Volví a fijarme en él más detenidamente. Sí, empequeñecido *era* la palabra adecuada. Parecía haber menguado. Resultaba sorprendente y, a la vez, un tanto repulsivo.

Como era habitual en él, dominaba el tema a fondo, conocía a todas las personas importantes y había gastado el dinero a manos llenas en su afición. Reí al recordarle que en cierta ocasión había comentado que Egipto no le atraía, pues debido a la sistemática propaganda que se hacía de sus encantos, éstos le resultaban un tanto teatrales. Reconoció su error con un gesto y, sin más, pasó por alto aquella objeción. Sus ademanes, y una especie de aura que parecía envolverle mientras respondía a mis preguntas, no hizo sino

aumentar mi primera sensación de estupor. Su voz tenía una entonación muy expresiva y sugerente.

-Sal conmigo un día y ya verás lo poco que importan los turistas -dijo en voz baja-, lo insignificantes que son las excavaciones en comparación con lo que queda por hacer, qué colosal -pronunció aquella palabra con un énfasis impresionante- es el campo de lo que queda por descubrir.

El movimiento que hizo con la cabeza y los hombros conseguía transmitir la idea de algo prodigioso, pues se trataba de un hombre fornido *y* de rasgos duros, *y* sus ojos, rehundidos en su rostro, me miraban con un oscuro fulgor que no alcanzaba a explicarme. Pero era su voz la que comunicaba una mayor sensación de misterio. Bajo su sonido se percibía una vibración que parecía proceder de algún lugar más profundo.

-Egipto ha enriquecido su sangre con el desfilar de multitud de civilizaciones -prosiguió, con una solemnidad que, en un principio, me hizo cometer el error de pensar que elegía aposta aquellas extrañas palabras con objeto de dar mayor dramatismo a lo que decía-. Ha asimilado a persas, griegos, romanos, sarracenos *y* mamelucos, *y a* docenas de otras conquistas e invasiones... ¿Qué pueden importarle unos simples turistas y exploradores? Los arqueólogos se limitan a escarbar en la superficie y a desenterrar unas cuantas momias. ¡Y qué decir de los turistas! -sonrió con desdén-. ¡Son como moscas que se posan un instante sobre su rostro oculto, para esfumarse de inmediato al primer atisbo de calor! Egipto ni se entera de que existen. El verdadero Egipto se encuentra bajo tierra, envuelto en oscuridad. Los turistas necesitan luz, para ver ypara que les vean. ¡Y en cuanto a los arqueólogos...!

Hizo una pausa y sonrió con una mezcla de conmiseración y desprecio que no fue de mi agrado, pues a mí, al menos, los tenaces arqueólogos me merecían el máximo respeto. A renglón seguido, con un matiz de apasionamiento en la voz que parecía indicar que estaba resentido contra ellos y que se había olvidado de que también él había «excavado», añadió:

-Unos hombres que desentierran a los muertos, restauran templos y reconstruyen un esqueleto creyendo que de ese modo han interpretado la esencia palpitante de su corazón...

Mientras decía aquello encogió sus enormes hombros; y el resto de la frase no habría pasado de ser más que la queja de un hombre que trataba de defender su afición, de no haber sido por la seriedad y la gravedad desmedidas con que se expresaba, cuyo efecto fue hacer que aumentara aún más mi asombro. Habló luego de lo rara que era aquella tierra: una mera franja de vegetación extendida a lo largo del anciano río, y el resto, nada más que ruinas, desierto y una desolación de muerte calcinada por el sol que, sin embargo, rebosaba vitalidad, fascinación *y* energía, *y* que producía la inquietante sensación de poseer algo imperecedero. En aquella tierra donde el Pasado pervivía con tanta fuerza parecía hallar algún tipo de revelación espiritual fuera de lo común. Hablaba como si en ella el Presente hubiera dejado de existir.

Ciertamente, la solemnidad que dejaban traslucir sus palabras hacía que me resultara difícil seguir su conversación, de modo que aproveché la pausa que llegó entonces para decir algo que expresara mi sorpresa y los interrogantes que me surgían; aunque creo que, en lo sustancial, lo que vine a expresar fue, más bien, mi asentimiento. Se notaba que poseía una convicción muy profunda, una pasión que le embargaba y cuyo sentido no acababa yo de captar. Sin embargo, aunque no le comprendiera, su enorme entusiasmo resultaba contagioso. Luego, bajando el tono de voz, se puso a hablar de templos, tumbas y deidades, y a darme detalles sobre los descubrimientos que había hecho y sobre el efecto que habían

tenido en él. Pero la verdad es que no presté excesiva atención a lo que me dijo entonces, pues en aquel lenguaje tan insólito que había empleado al principio había detectado algo que despertaba más mi curiosidad... y la despertaba, además, de una forma inquietante.

-De modo que, como le ocurre a casi todo el mundo, el hechizo también ha hecho presa en ti, sólo que con más fuerza todavía -le dije, recordando el efecto que me había producido Egipto dos años atrás.

Clavó su mirada en mí durante un segundo; en las duras facciones de aquel rostro tan sugerente se dibujaron vagos signos de inquietud. Creo que deseaba contarme más cosas pero que no se decidía a confesármelas. Vacilaba.

-De lo que me alegro es de que no se haya adueñado de mí en una época más temprana de mi vida -respondió tras una pausa-. Me habría absorbido por completo. Habría perdido interés por cualquier otra cosa. Ahora... -y mientras hablaba, como una sombra fugaz, pasó por sus ojos aquella extraña mirada de desamparo que parecía pedir comprensión-. Ahora que estoy en declive... ya no importa tanto.

¡En declive! No me explico cómo pude ser tan torpe de dejar escapar esa oportunidad que nunca volvería a presentárseme; por la razón que fuera aquella singular expresión no me llamó la atención en aquel momento, y sólo me di cuenta del alcance último de esas palabras más adelante, cuando ya no tenía ningún sentido hacer referencia a ellas. Puso a prueba mi disposición a ayudarlo, a comprenderlo, a compartir su vida interior. Pero la pista se me pasó por alto. En ese momento sentía mayor interés por una cuestión más práctica que había apreciado en su lenguaje. Dado que yo me contaba entre aquellos que lamentaban que no hubiera llegado a sobresalir en algo, por no haber dedicado todas sus energías a una sola actividad, me limité a encogerme de hombros. Captó de inmediato el significado de aquel gesto. ¡Sí, estaba deseando hablar! Creo que intuía la posibilidad de encontrar en mí la comprensión que buscaba.

-No, no, no me has entendido bien -dijo con tono grave-. Lo que quiero decir -¡y nadie lo sabe mejor que yo!- es que si bien la mayoría de los países te dan algo, hay otros que te lo quitan. Egipto te cambia. Nadie puede vivir aquí y seguir exactamente igual a como era antes.

Aquello me desconcertó. Una vez más había conseguido sobresaltarme. Hablaba con la máxima seriedad.

-¿Y quieres decir que Egipto es uno de esos países que te quitan algo? -le pregunté. Lo extraño de aquella idea me tenía un tanto confundido.

-Primero se lleva algo tuyo -respondió-, pero al final es a ti mismo a quien se lleva. Hay tierras que te enriquecen -prosiguió, al ver que le escuchaba atentamente-, pero otras te hacen más pobre. De la India, de Grecia, de Italia, de todas las tierras de la antigüedad, se regresa con recuerdos de los que se puede hacer uso. De Egipto se regresa... sin nada. Su magnificencia tan sólo aturde; es inútil. Produce un cambio en lo más hondo de tu ser, un vacío, un anhelo inexplicable, y nada puede llenar esa carencia de la que ahora eres consciente. Nada puede reemplazar lo que ha desaparecido. Te ha vaciado.

Le miré fijamente, pero hice un gesto de aquiescencia general con la cabeza. Aplicado a un temperamento sensible y artístico aquello era cierto sin duda, aunque no fuera ni mucho menos la opinión generalizada que solía admitirse de forma superficial. La mayoría de la gente sentía que Egipto les había llenado a rebosar. Sin embargo, entendía la lectura más profunda que él hacía de los hechos. Por otra parte, aquella idea me producía una rara fascinación.

-A fin de cuentas -continuó-, el Egipto moderno no es más que una civilización artificial -hablaba como si le faltara el aliento, pero su tono de voz era reposado-; sin embargo, el antiguo Egipto permanece justo ahí debajo, oculto, esperando. Muerto y, a la vez, increíblemente vivo. Cada vez que sientes que te roza, se lleva algo de ti. Se enriquece contigo. Al regresar de Egipto... se es menos de lo que se era antes.

Es difícil de expresar lo que entonces se me pasó por la cabeza. Sentí como si un fulgor de imaginación visionaria me atravesara la mente trazando una senda de fuego. Pensé en algún antiguo héroe griego que hablara de una magnífica batalla librada contra los dioses; una batalla en la que se sabía derrotado de antemano y que, sin embargo, le causaba un gran placer, pues sabía que tras su muerte su espíritu se uniría a aquella gloriosa compañía en su morada del más allá. En otras palabras, percibía en él una mezcla de resignación y de rebeldía. Él sentía ya el natural abandono que sigue a una lucha prolongada y desigual, como la de un hombre que, enfrentado contra los rápidos de un río, termina por rendirse ante un empuje superior a sus fuerzas y se deja arrastrar por la espantosa masa de agua que suave e indiferente le precipita hacia la paz de la caída.

No obstante, lo que hacía que mi mente se viera sumida en la oscuridad y el misterio, no eran tanto las palabras que con tanta plasticidad revestían una verdad innegable, como la profunda convicción que se adivinaba tras ellas. He de reconocer que sus ojos, que durante todo aquel tiempo habían sostenido mi mirada, relampagueaban, y sin embargo, expresaban la misma serenidad y cordura que los de un doctor que analizara los síntomas de esa batalla diaria en la que, finalmente, todos habremos de sucumbir. Ése fue el símil que se me ocurrió entonces.

-Es cierto que... en alguna parte de este país... *hay algo* inconmensurable... lo reconozco. ¿Pero... no crees que exageras un poco? -Hablaba con un ligero tartamudeo y las palabras me salían entrecortadas.

Me respondió con voz pausada, mientras desviaba los ojos de mi rostro y los dirigía a la ventana que enmarcaba el cielo espléndido y sereno que se tendía en dirección al Nilo.

-Te aseguro que el verdadero Egipto, el invisible -murmuró-, me resulta demasiado... fuerte. Me cuesta mucho manejármelas con él. Sabes -dijo, volviéndose hacia mí y sonriendo como un chiquillo cansado-, en realidad creo que es él quien me maneja a mí.

-Arrastra... -comencé a decir, y al interrumpirme él de inmediato, di un respingo.

-Hacia el Pasado.

No me siento capaz de describir la forma en que pronunció la última de aquellas palabras. Transmitía una magnificencia desbordante, una sensación de paz y belleza, de batallas concluidas, de un reposo al fin alcanzado. Ningún santo habría conseguido que el significado de la palabra «cielo» rebosara tal grado de pasión y de seducción. Sí, él partía por propia voluntad, y si prolongaba la lucha era simplemente para aumentar el alivio y la dicha de la consumación.

Porque de nuevo hablaba como si en su interior se estuviera librando un combate. Yo al menos tenía la impresión de que había una parte de él que pedía ayuda. Ahora comprendía mejor aquel patetismo que ya había percibido vagamente con anterioridad. Su carácter, de por sí fuerte e independiente, parecía haberse debilitado; era como si le hubieran arrancado alguna de las fibras que lo componían. También comprendí entonces que el hechizo de Egipto, objeto de tanta cháchara sensacionalista e insustancial, pero tan desconocido en lo que es su fuerza desnuda -esa influencia indescriptible y sigilosa que, desde las profundidades, envía delicados zarcillos al exterior- lo llevaba ahora en la sangre. Yo

mismo, a pesar de mi supina ignorancia, lo había sentido, no lo podía negar; en Egipto se perciben muchas cosas extrañas e incomprensibles, hasta los individuos más prosaicos pueden llegar a sentirlas. El Egipto muerto está prodigiosamente vivo...

Dirigí la mirada a los grandes ventanales que se abrían a su espalda: la monótona extensión de leguas y más leguas amarillas de desierto despedían una tenue luz y dos inmensas pirámides emergían desde la otra orilla del Nilo. De pronto -inexplicablemente, como más tarde pensaría al rememorar lo ocurrido- la robusta figura de mi compañero, que debía encontrarse a tan sólo dos palmos de mis ojos, desapareció de mi vista. Se acababa de levantar de la silla y tenía que encontrarse de pie a mi lado y, sin embargo, no conseguía verle. Algo oscuro como una sombra y etéreo como un soplo de aire se había alzado, llevándose consigo mis pensamientos y cegando mi visión. Durante un instante me olvidé de quien era; mi propia identidad me abandonó. El pensamiento, la vista, todos mis sentidos, se hundieron en el vacío de aquellas arenas abrasadas por el sol. Se hundieron, por así decirlo, en la nada; arrancados del Presente, subyugados, absorbidos.

...Y cuando volví a mirar hacia donde él estaba para responderle, o más bien preguntarle por el significado de aquellas enigmáticas palabras, ya no estaba allí. Invadido de un sentimiento que iba mucho más allá de la mera sorpresa -pues había algo en aquella desaparición que me perturbaba profundamente- me di la vuelta para buscarle. No le había visto irse. Se había escabullido de mi lado con sumo cuidado, se había esfumado en silencio, misteriosamente, y con una facilidad asombrosa. Recuerdo que un ligero estremecimiento me recorrió todo el cuerpo al darme cuenta de que me encontraba solo.

¿Acaso había captado por un momento un reflejo de su estado de ánimo? La simpatía que sentía hacia su persona, ¿no habría producido en mí un eco de lo que él experimentaba de forma plena; ese ir hacia atrás, esa pérdida de vigor, esa sutil y tentadora atracción que ejercían las inconmensurables arenas que ocultaban y protegían a los muertos vivientes de las negligentes intromisiones de los vivos...?

Me senté para reflexionar un poco y, de paso, aproveché para contemplar el esplendor del crepúsculo. Una cosa que había dicho resonaba en mi mente con poderosa insistencia como si se tratara del repicar de unas campanas lejanas. Su charla sobre tumbas y templos no había dejado huella en mí, pero aquello permanecía. Me producía un extraño efecto estimulante. Recordaba que era así como solía conseguir que su conversación despertara la curiosidad de los demás. Hay países que dan y otros que quitan. ¿Qué era exactamente lo que quería decir con eso? ¿Qué era lo que le había quitado Egipto? Entonces me di cuenta con mayor claridad de que había en *él algo* que se echaba en falta, algo que en otro tiempo había poseído y que ya no tenía. Su propia figura se me aparecía ya borrosa cuando trataba de pensar en ella. Mi mente se afanaba por recordarla, pero todo era en vano... Al cabo de un rato dejé mi silla y me cambié de ventana, invadido de una vaga sensación de desasosiego de la que formaba parte la inquietud que sentía por él. Había despertado mi compasión. Pero tras aquel sentimiento se escondía también una curiosidad ávida y absorbente. George Isley parecía estar perdiéndose en la distancia, y lo curioso es que yo mismo me sentía acometido por un deseo irrefrenable de alcanzarle, de acompañarle en su viaje hacia aquel esplendor perdido que él había vuelto a descubrir. Era un sentimiento verdaderamente singular, pues iba unido a un anhelo; el anhelo de una belleza olvidada e indescriptible que el mundo había perdido. También yo lo sentía dentro de mí.

Ante la proximidad del crepúsculo la mente se complace en albergar sombras. A mi espalda, la sala, vacía de huéspedes, permanecía a oscuras; también sobre el desierto se iba

extendiendo lentamente un velo de oscuridad, ahondando la serenidad de su rostro adusto e inexpresivo. El paisaje iba palideciendo en la lejanía; toda aquella inmensa sábana avanzaba susurrando hacia la noche. Suspendidas frágilmente en el aire, como si se tratara de racimos de grosellas que pudieran arrancarse, titilaban en el cielo las primeras estrellas; el sol se había ocultado ya en el horizonte libio, donde las tonalidades doradas y carmesíes, al irse atenuando, pasaban del color violeta al azul. Me quedé contemplando el misterioso anochecer egipcio mientras un embrujo sobrecogedor hacía que mis sentidos medio embotados percibieran la inquietante proximidad de 1o imposible... y entonces comprendí lo que estaba ocurriendo. Sobre George Isley, sobre su mente y sus energías, sobre su pensamiento, e incluso sobre sus propias emociones, también se estaba extendiendo lentamente una especie de oscuridad. Aunque no era cosa de la edad, algo en él se había debilitado, se había apagado. Una noche interior se estaba apoderando del Presente y lo estaba eliminando. Y, no obstante, su mirada se dirigía al amanecer. Al igual que ocurría con los monumentos egipcios, sus ojos miraban... hacia oriente.

Se me ocurrió que quizá lo que había perdido era su ambición. Decía alegrarse de que sus estudios egipcios no se hubieran adueñado de él en una época más temprana; los términos en que se había expresado eran bastante singulares: «ahora que estoy en declive ya no importa tanto». Una base poco sólida, sin duda, para asentar sobre ella una certeza y, a pesar de ello, tenía el convencimiento de que no andaba desencaminado. Estaba fascinado sí, pero fascinado en contra de su voluntad. En su interior combatían el Presente y el Pasado. Aunque seguía luchando, ya había perdido toda esperanza. El deseo de *no* cambiar le había abandonado...

Me aparté de la ventana para no ver aquel desierto gris que todo lo invadía, pues el hallazgo que acababa de hacer había provocado en mí cierta zozobra. Egipto me parecía de pronto una entidad dotada de un inmenso poder. Se agitaba a mi alrededor. En aquel preciso instante estaba sintiendo cómo se agitaba. Aquella tierra llana e inmóvil que aparentaba carecer de movimiento, en realidad estaba constantemente realizando multitud de ademanes que, poco a poco, se iban enroscando al corazón de las personas. A él lo estaba disminuyendo. De la compleja textura de su personalidad ya había arrancado una hebra vital, cuya relación con la trama general de su ser era de crucial importancia: su ambición. Era mi mente quien había elegido ese símil, pero en mi corazón, donde las ideas palpitaban con inusitada violencia, se insinuaba otro símil aún más certero. En lugar de «hebra» la palabra era «arteria». Me alejé rápidamente de allí y subí a mi habitación para estar a solas. Había en aquella idea algo que me resultaba repugnante.

3

Sin embargo, mientras me vestía para ir a cenar, aquella idea comenzó a exfoliarse como si se tratara de un ser vivo. Veía dibujarse sobre la figura de George Isley un gran interrogante que anteriormente no estaba allí. Todo el mundo, por supuesto, lleva consigo un interrogante, aunque por lo general no suele manifestarse de forma visible hasta el momento final. En su caso, tal presencia le envolvía de forma palpable cuando aún se encontraba en la plenitud de la vida. Gravitaba sobre su cabeza como una espléndida cimitarra. Aunque estaba lleno de vitalidad, parecía haber aceptado de buen grado la muerte. Por más que mi imaginación trataba de encontrar una posible explicación, nunca

iba más allá de una conclusión de carácter negativo: cierta energía, que no guardaba relación alguna con la mera salud fisica, había desaparecido. Creo que se trataba de algo más que la ambición, pues incluía también una falta de objetivos, de deseos, de confianza en sí mismo. Era la propia vida. George Isley había dejado de pertenecer al Presente. Ya no estaba *aquí.*

«Algunos países dan y otros quitan... Me cuesta mucho manejármelas con Egipto. Lo encuentro demasiado... -y después ese adjetivo tan sencillo, tan corriente- fuerte». Por sus recuerdos y por su propia experiencia, el mundo entero no guardaba secretos para él; tan sólo le quedaba Egipto para enseñarle aquella novedad maravillosa. Pero no se trataba del Egipto de hoy en día; era el Egipto desaparecido el que le había robado las fuerzas. Había dicho que se encontraba enterrado, oculto, esperando... De nuevo volví a sentir un leve estremecimiento, como si en lo más hondo de mi corazón anidara en secreto el deseo de compartir aquella experiencia con él, como si la compasión que sentía implicara un consentimiento voluntario de que así fuera. La compasión conlleva siempre una cierta renuncia al propio yo; cada vez que me invadía ese sentimiento tenía la sensación de que una parte de mí me abandonaba. Mi pensamiento se movía en círculos sin encontrar un punto firme donde poder apoyarse y decir: «ya lo tengo; ahora lo entiendo todo». Que un país tenga una cierta disposición a dar es algo fácilmente comprensible, pero aquella idea de un país que despoja, que roba, me desconcertaba. Me invadió una vaga sensación de alarma; no sólo por él sino también por mí.

En cualquier caso, durante la cena -que me invitó a compartir con él en su mesa- aquella impresión terminó por írseme de la cabeza, y me reproché a mí mismo haber incurrido en unas exageraciones más propias de una mujer. Sin embargo, a medida que hablábamos de tantos días de aventura como habíamos pasado juntos en otras latitudes, me llamó la atención lo raro que era que nunca hiciéramos mención del presente. Lo ignorábamos. Se diría que a su pensamiento le resultaba más sencillo orientarse hacia el pasado. Cada una de aquellas aventuras, como impulsada por su propio peso, conducía de forma natural a una misma idea: la inmensa magnificencia de una edad desaparecida. En aquel misterioso juego entre la vida y la muerte el antiguo Egipto representaba la casilla del «hogar». La gravedad específica de su propio ser -por no hablar de momento de la mía- se había desplazado hacia un punto inferior *y* más lejano, hacia atrás y hacia las profundidades, o como él mismo decía, bajo tierra. Yo mismo experimentaba literalmente la sensación de estar hundiéndome.

Empezaba a preguntarme cuál sería la razón que le había llevado a elegir un hotel como éste. En mi caso había venido aquí aquejado de una afección en un órgano de mi cuerpo que, según me había asegurado el especialista, no tardaría en sanar gracias a los maravillosos aires de Helouan; pero me parecía extraño que mi compañero también lo hubiera elegido. La clientela estaba compuesta en su mayor parte de convalecientes, alemanes y rusos sobre todo. Su gerencia vivía de espaldas al lado más alegre y frívolo de la vida que, por lo general, los hoteles egipcios fomentan con todo entusiasmo. Era una verdadera casa de reposo, un lugar para descansar y disfrutar del ocio, donde se podía permanecer en el anonimato con la seguridad de no ser descubierto. Los ingleses no solían frecuentarlo. Era el lugar indicado -se me ocurrió súbitamente- para esconderse.

-O sea, que por ahora no estás metido en ningún proyecto arqueológico, ¿no es así? -le pregunté-. ¿Nada de expediciones o excavaciones de momento?

-Me estoy recuperando -me respondió de manera despreocupada-. He estado dos años en

el Valle de los Reyes y, la verdad, creo que he forzado un poco la máquina. Pero estoy preparándome para trabajar en un asunto aquí cerca, en la otra orilla del Nilo -y señaló hacia Sáqqara donde el inmenso cementerio menfita se extendía bajo tierra desde las pirámides de Dachur hasta las moles de Gizeh, cuatro millas más abajo-. ¡Sólo en ese lugar hay tarea para cien años de trabajo!

-Debes haber reunido una gran cantidad de material interesante. Supongo que más adelante lo utilizarás para un libro o...

La expresión de su cara hizo que no continuara; de nuevo había asomado a sus ojos aquella extraña mirada que, cuando la vi por primera vez, ya me había producido una gran inquietud. Era como si algo dentro de él consiguiera con gran esfuerzo aflorar por un instante a la superficie, y tras echar una mirada sombría sobre el presente, volviera a hundirse y desaparecer.

-Mucho más de lo que nunca pueda llegar a utilizar -respondió con desgana-. Lo más probable es que sea ello lo que me utilice a mí. -Lo dijo todo precipitadamente, mientras echaba una ojeada por encima del hombro, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando. Luego, volvió a mirarme con una elocuente sonrisa en su rostro. Le dije que pecaba de modesto.

-Si todos los arqueólogos fueran como tú -añadí- seríamos los pobres ignorantes como yo quienes sufriríamos las consecuencias -acompañé mi comentario con una risa, pero aquella risa no pasó más allá de mis labios.

Negó con la cabeza con una expresión de indiferencia.

-Lo hacen lo mejor que pueden; y lo cierto es que hacen verdaderas maravillas -replicó, mientras hacía un gesto indefinible que parecía indicar que prefería desentenderse de aquel tema, aunque no pudiera conseguirlo del todo-. Conozco sus libros, y también a sus autores... de muy diversas nacionalidades. -Hizo una breve pausa, y sus ojos adquirieron una expresión grave-. Lo que no llego a comprender del todo es ... como lo consiguen -añadió con un tono de voz apagado.

-Lo dices por el esfuerzo que supone, ¿no? ¿La dureza del clima y esas cosas? -Hice aquel comentario a propósito, pues sabía perfectamente que no era a eso a lo que él se refería. No obstante, la forma en que clavó sus ojos en mi cara me turbó hasta tal punto, que creo que di un respingo. Una parte muy profunda de mí le escuchaba con la máxima atención, en actitud vigilante, casi en guardia.

-Lo que quiero decir es que tienen una capacidad de resistirse extraordinaria -respondió.

¡Eso era! ¡Había usado justo la palabra que yo mismo llevaba escondida en mi interior!

-Es algo que me deja perplejo -prosiguió-, pues quitando a uno de ellos, no son personas excepcionales. En cuanto a su talento, sí, claro. Pero yo me refiero a su capacidad de resistirse, de protegerse. De protegerse a sí mismos -añadió con énfasis.

La manera en que había dicho «resistirse» y «protegerse a sí mismos» había hecho que un escalofrío me recorriera el cuerpo. Más adelante me enteraría de que él había realizado algunos descubrimientos asombrosos durante aquellos dos últimos años, ahondando en los misterios de la vida del antiguo Egipto sacerdotal más que cualquiera de sus predecesores o colegas... y que después, inexplicablemente, había abandonado sus investigaciones. Pero todo aquello sólo lo supe más tarde y por boca de terceros. En aquel momento de lo único que era consciente era de aquel extraño sentimiento de turbación. Aunque no entendiera muy bien lo que quería decir, intuía que estaba tocando unos temas que afectaban a lo más profundo de su ser. Hizo una pausa, como si esperara que yo dijera algo.

-Es posible que Egipto simplemente fluya a través suyo sin dejar huella -me aventuré a decir-. Dan a conocer los datos de una forma mecánica y no se dan cuenta de la importancia que tienen. Presentan los hechos sin interpretarlos. En tu caso es el verdadero espíritu del pasado el que se descubre y se presenta en su realidad desnuda. Tú lo vives. Sientes el antiguo Egipto y lo revelas. Siempre tuviste unas dotes de adivino que a mí, recuerdo, me parecían sorprendentes.

El destello que percibí en su sombría mirada puso de manifiesto que había dado en el blanco. Entonces tuve la sensación de que un tercero se había unido silenciosamente a nosotros en aquella pequeña mesa de la esquina. Se había entrometido invocado por el poder de algo que planeaba constantemente sobre nuestra conversación sin que nunca se llegara a mencionar. Era una presencia inmensa y difusa que parecía vigilarnos. Egipto se deslizaba hacia nosotros y ascendía flotando a nuestro lado. Podía verlo reflejado en el rostro y en la mirada de mi compañero. El desierto se filtraba a través de los muros y del techo, emergía bajo nuestros pies, se iba depositando a nuestro alrededor; nos escuchaba, nos observaba, nos acechaba. Aquella súbita y extraña fantasmagoría parecía completamente real. Las colosales dimensiones de Egipto fluían por entre los pilares, los arcos y los ventanales de aquel moderno comedor. Un aire gélido, que los rayos del sol nunca habían alcanzado, brotaba desde debajo de los monolitos de granito y me rozaba la piel. Tras él venía la sofocante atmósfera de las tumbas térmicas del Serapeum, de las cámaras y los pasadizos de las pirámides. Se oía un rumor como de una miríada de pasos avanzando en la lejanía y de arenas movidas sin descanso por el viento a lo largo de los siglos. Y de pronto, en asombroso contraste con esta impresión de algo descomunal, la figura de Isley pareció encoger. Durante un segundo disminuyó a ojos vistas. Se estaba alejando. Su silueta parecía retirarse y decrecer como si se encontrara envuelto en una neblina que le llegara por encima de la cintura, dejando tan sólo al descubierto su cabeza y sus hombros. Cada vez se le veía más lejos.

Se trataba sin duda de una vívida imagen mental que, de algún modo, había adquirido una realidad objetiva. No era más que una especie de escenificación de algo que había sentido. La frase que le había oído decir antes, «ahora que estoy en declive», me vino súbitamente a la memoria, produciéndome un intenso desasosiego. Puede que, de nuevo, una especie de telepatía emocional hubiera hecho que su estado anímico se reflejara en el mío. Invadido de una sensación de opresión casi física de la que no me podía desembarazar, me quedé a la espera de que dijera algo. Parecieron pasar siglos antes de que se decidiera a hablar, y cuando por fin lo hizo, en su voz se notaba un temblor que, no obstante, intentaba reprimir. Por alguna razón no fui capaz de levantar la vista de la mesa. Pero le escuché con la máxima atención.

-Eres tú quien tiene dotes de adivino, no yo -aquella extraña sensación de lejanía se percibía incluso en su voz; parecía retumbar como si ascendiera encerrada entre muros-. Creo que *hay algo* aquí que no se deja investigar más de cerca o, más bien, que se resiste a ser descubierto... es casi como si se sintiera ofendido.

Alcé rápidamente la vista y de inmediato volví a bajarla. Resultaba sorprendente oír aquello de labios de un inglés contemporáneo. Hablaba con ligereza, pero la expresión de su rostro contradecía su tono despreocupado. En la seriedad de aquellos ojos no había asomo de burla, y tras su voz apagada se percibía un leve sonido arrastrado que de nuevo me puso la carne de gallina. Sólo se me ocurre una palabra para describirlo: «subterráneo». Todo lo que en él era mental se había hundido, parecía hablar bajo tierra; era como si tan

sólo la cabeza y los hombros permanecieran a la vista. El efecto que producía era casi repugnante.

-Son tan formidables los obstáculos que se interponen en el camino cuando las pesquisas se acercan demasiado a la realidad -prosiguió-. Me refiero a obstáculos físicos, externos. O bien eso... o bien la mente pierde su capacidad de asimilación. Siempre ocurre una cosa o la otra y, entonces, todo descubrimiento cesa automáticamente -había bajado la voz hasta convertirla en un murmullo.

En aquel preciso instante, como si fuera un muerto saliendo de una tumba, se levantó y se apoyó sobre la mesa. Estaba realizando un violento esfuerzo interno, pues se disponía -estoy convencido de ello- a realizar una declaración íntima cargada de significado. Tenía la actitud de quien va a hacer una confesión; creo que iba a hablarme de sus trabajos en Tebas y de la razón que le había llevado a interrumpirlos tan bruscamente. Yo mismo me sentía como alguien que, de un momento a otro, iba a tener que asumir la ingrata responsabilidad de escuchar un secreto muy importante. Ésa era la sensación que me embargaba cuando, casi sin querer, le dirigí una mirada y descubrí que estaba completamente equivocado. No era a mí a quien miraba. Su vista me dejaba a un lado y se dirigía hacia los amplios ventanales abiertos que se encontraban a mi espalda. Algo le había hecho enmudecer.

De forma instintiva, me di la vuelta, y pude ver lo que él contemplaba. Al menos en lo que respecta a los detalles externos, lo vi.

Mi vista atravesó el deslumbrante resplandor de aquel comedor ostensiblemente moderno, dejó atrás las mesas atestadas de gente, y pasando por encima del cuadro que componía aquel bosque de cabezas de alemanes alimentándose burdamente, alcanzó a ver... la luna. Su disco rojizo, inmenso e irreal, permanecía suspendido en medio del firmamento, alzando la extensa sábana del desierto hasta hacerla flotar sobre la superficie del mundo. El gran ventanal se abría hacia el este, donde el desierto arábigo se adentra en un desolador paisaje de gargantas, despeñaderos y montes de cimas aplanadas. Se trata de un territorio inhóspito y ominoso en el que, por todas partes, se siente acechar el peligro. A diferencia de lo que ocurre con las serenas dunas del desierto libio, tras aquel mar de sombras se palpa la amenaza y la tentación. El claro de luna no hacía sino acentuar su espectral desolación, su crueldad, su severa hostilidad, hasta hacerlo parecer mortífero. Ningún río endulza con su presencia este tramo del desierto arábigo, donde las suaves arenas son reemplazadas por un paisaje erizado de colmillos de roca caliza, afilados y amenazantes. A lo lejos, como un pálido hilo gris iluminado por la luz de la luna, la vieja ruta de las caravanas parecía emitir señales. Era aquello lo que él miraba con tanta intensidad.

Me doy perfecta cuenta de que la imagen que acabo de describir parecerá quizá un tanto teatral, pero lo cierto es que poseía una fuerza de seducción poderosísima. «Ven a probar mi belleza atroz», parecía susurrar. «Ven, piérdete, y muere. Ven a seguir la ruta que bajo la luz de la luna conduce hacia el Pasado... donde te espera la paz, la inmovilidad y el silencio. Mi reino subterráneo permanece inmutable. Baja, ven lentamente, ven a través de los corredores de arena que se esconden tras el oropel del mundo moderno. Regresa, baja a mi áureo pasado...»

Un deseo arrebatador, que parecía llegar hasta mí montado en los propios rayos del claro de luna, me traspasó el corazón; sentía un anhelo irresistible de dejarme llevar sin ofrecer resistencia. Aquella visión repentina e inquietante del mundo exterior tenía una fuerza inusitada. El contraste que ofrecían aquellos velludos extranjeros con sus toscos atuendos, comiendo afanosamente bajo la deslumbrante luz artificial, era formidable. Sobre aquellas

lejanías que se avistaban tras la ventana se cernía una de esas atmósferas que suelen calificarse de sobrenaturales. Estaba penetrada de misterio. Egipto nos contemplaba, nos observaba, nos escuchaba; y a través de las ventanas del corazón que iluminaba la luna, nos hacía señas para que nos acercáramos y lo descubriéramos. La mente y la imaginación podrán vacilar cuanto quieran, pero tanto si las palabras son capaces de expresar la verdad como si no, es innegable que algo así estaba ocurriendo. George Isley, que se sabía observado, no podía quitar los ojos de encima a ese terrible semblante... estaba fascinado.

Sobre el bronce de su piel se había extendido una tonalidad grisácea. Por mi parte, también yo sentía crecer en mí ese sentimiento cautivador; ese deseo de salir y perderme bajo el claro de luna, de abandonar el mundo de los seres humanos y errar a ciegas por el desierto, de ver el resplandor plateado de los desfiladeros y sentir el frío cortante e intenso de la brisa. En mi caso las cosas no iban más allá, pero no me cabía ninguna duda de que mi compañero experimentaba la atracción más intensa y profunda que se ocultaba tras aquel encanto superficial. Lo cierto es que, durante un instante, creí que iba a levantarse de la mesa. Hizo ademán de ponerse de pie, pareció luchar y resistirse... pero, finalmente, su poderosa anatomía se dejó caer en la silla. La postura que adoptó su cuerpo hacía que pareciera menos imponente, más pequeño; daba la sensación de que sus dimensiones se habían reducido a una escala mucho menor. Era como si, en aquel preciso instante, le hubiera sido arrebatada una parte de su persona, de tal modo que incluso su apariencia física parecía haber disminuido. Su voz, cuando al poco tiempo volvió a hablar con tono resignado, sonaba apagada y carecía de timbre viril.

-Siempre está ahí -susurró mientras se retrepaba torpemente en la silla-, siempre está vigilando, esperando, escuchando. Es casi como el ogro de los cuentos, ¿verdad? Nunca se mueve, ¿sabes? Se limita a permanecer suspendido entre el cielo y la tierra como una gigantesca tela de araña. Sus presas se precipitan volando contra ella. Así es Egipto allá donde uno vaya. Dime, ¿sientes tú lo mismo, o crees que son imaginaciones mías? A mí, por lo menos, me parece que sólo espera a que llegue su hora; de ese modo te atrapa antes. Al final no queda más remedio que partir.

-Sí, desde luego tiene mucho poder -le dije, tras hacer una breve pausa para recuperar el control sobre mí mismo, pues aquel símil morboso había hecho que aumentara mi turbación-. Incluso puede que llegue a producir terror... a alguna de esas personas débiles de carácter que son todo imaginación. -No conseguía hilvanar mis ideas ni encontrar las palabras adecuadas para expresarlas-. Una vista como ésa, por ejemplo, posee una grandeza extraordinaria -dije señalando al ventanal-. Te sientes arrastrado hacia ella y. .. sí, simplemente *tienes* que partir. -En mi mente resonaban aún sus extrañas palabras, «al final no te queda más remedio que partir». En ellas quedaba resumido el sentir de su alma y de su corazón-. Me imagino que algo similar le debe ocurrir a una mosca o a una mariposa cuando se siente arrastrada hacia la llama destructora. ¿O será algo de lo que no son conscientes? -añadí.

Sacudió su imponente cabeza con un gesto muy expresivo.

-Bueno, bueno, pero eso no tiene por qué indicar que la mosca sea débil o que la mariposa sea una insensata -respondió-. Quizá pequen de aventureras, pero ambas obedecen las leyes que rigen los instintos más profundos de su ser. Además, están advertidas; lo que pasa es que, cuando la mariposa quiere saber demasiado, el fuego la detiene. Tanto la llama como la araña se enriquecen al comprender la naturaleza de sus presas; y la mosca y la mariposa vuelven una y otra vez hasta que su destino se cumple.

A pesar de aquellos comentarios, George Isley estaba tan cuerdo como podía estarlo el mismísimo *maître* del hotel, que al advertir el interés que demostrábamos por el ventanal, se acercó para preguntarnos si había corriente y deseábamos que lo cerrara. En cualquier caso, me daba cuenta de que Isley se estaba esforzando por exteriorizar un apasionado estado anímico para el cual, dada su singularidad, no existe una forma de expresión adecuada; hay un lenguaje de la mente pero, de momento, no lo hay del espíritu. Yo me sentía muy inquieto. Todo aquello era absolutamente ajeno a aquel carácter saludable y enérgico que yo recordaba.

-Querido amigo -le dije con un temblor en la voz-, ¿no estarás dando al pobre Egipto una mala reputación que en ningún caso se merece? Lo único que siento es una fuerza y una belleza formidables; sobrecogedoras si quieres, pero en absoluto ese resentimiento al que tú aludes de forma tan misteriosa.

-Puedes decir lo que quieras, pero yo sé que tú lo entiendes -me respondió con tranquilidad. De nuevo parecía estar a punto de hacer una confesión crucial que aliviaría el pesar de su alma. Mi sensación de incomodidad creció. No cabía duda de que alguna parte de su ser estaba sometida a una gran presión-. Además, de ser necesario, me ayudarías. En realidad tu comprensión ya me sirve de ayuda. -Lo dijo como si hablara consigo mismo y en un tono de voz que, súbitamente, volvía a ser más bajo.

-¡Ayudarte! -exclamé con un grito ahogado-. ¡Mi comprensión! Claro, si la...

-Un testigo -murmuró sin mirarme-, alguien que comprenda, pero que no me tome por loco.

Había en su voz tal tono de súplica que no pude menos que sentirme dispuesto y ansioso de hacer todo cuanto estuviera en mi mano para ayudarle. Nuestros ojos se encontraron, y traté de que los míos expresaran aquella disposición; pero apenas recuerdo que fue lo que dije, pues mi mente se hallaba envuelta en una nube de confusión y tartamudeaba como un colegial. Estaba absolutamente desconcertado. En medio de tal perplejidad, sólo alcancé a coger el final de otra frase que entonces me dijo: «el alivio de tener alguien en quien confiar... cuando llegue el momento de la desaparición». Aquellas palabras me produjeron la sensación de haber sido pronunciadas por una voz salida de un sueño. Pero no cogí la oración completa y tampoco me atreví a pedirle que la repitiera.

Haciendo un gran esfuerzo, conseguí que de mis labios brotara una respuesta que expresaba mi comprensión, aunque no sé qué fue exactamente lo que dije. En cualquier caso, debí acertar en las palabras que entonces murmuré, pues al oírlas, se apoyó sobre la mesa y, durante un instante, posó su enorme mano sobre la mía y la apretó con un gesto muy elocuente. Tenía la mano helada. Una mirada de gratitud se dibujó fugazmente en aquellas facciones quemadas por el sol. Dejó escapar un suspiro y, seguidamente, nos levantamos ambos de la mesa y nos dirigimos a tomar el café a la sala de fumadores; una sala cuyas ventanas daban a unos patios rodeados de columnas que no tenían vistas al desierto. George Isley llevó la conversación hacia temas menos personales y -gracias a Dios- sin un carácter tan intensamente emotivo y misterioso. Ya he olvidado de qué hablamos; aunque era interesante poseía un cariz completamente distinto. Su antiguo encanto y su energía aún surtían efecto; volví a experimentar con fuerza el respeto que siempre había sentido por su carácter y su talento, pero el sentimiento que ahora predominaba en mí era de pena. El cambio que se había producido en su persona resultaba cada vez más patente. Sus palabras ya no impresionaban tanto, eran menos convincentes, menos sugestivas. Aunque daba muestras de su vasta cultura, en su conversación se echaba

en falta esa nota de espiritualidad que hace que las cosas nos toquen de cerca. Por alguna misteriosa razón me parecía menos *real.* Cuando finalmente subí a la habitación para irme a la cama, lo hice turbado e inquieto. «No es cosa de la edad», me dije, «y aunque haya hablado de desaparecer, tampoco es la muerte lo que teme. Es algo mental en el sentido más profundo del término. Tiene que ver con eso que los creyentes llaman el alma. Algo le ocurre a su alma.»

4

La palabra *alma* no iba a abandonarme ya hasta el momento del desenlace final. Egipto se estaba llevando su alma hacia el Pasado. Todo lo que en él había de valioso partía de buen grado; el resto, algún aspecto menor de su mente y de su carácter, se resistía y trataba de aferrarse al presente. Por lo tanto, sí que había lucha. Pero también ella se iba desdibujando poco a poco.

Cómo pude llegar tan alegremente a una conclusión tan monstruosa es algo que, aún hoy, me sigue pareciendo un misterio. Es bien sabido que de una conversación se suele extraer una idea general cuyo contenido excede siempre al de las palabras que efectivamente se pronunciaron o se oyeron. Naturalmente, aquí sólo he recogido una parte de lo que nos comunicamos a través del lenguaje, y en cuanto a lo que se sugirió -mediante gestos, expresiones o silencios- quizá poco más que algún indicio suelto. Lo único que puedo asegurar es que, para mí, ese veredicto tan perturbador equivalía a una certeza. Cuando subí al piso de arriba, vino conmigo; caminaba a mi lado, observándome, escuchándome. Aquel misterioso Tercero que habíamos evocado en nuestra conversación era más grande que cualquiera de nosotros por separado; podría denominarse el espíritu del antiguo Egipto, o generalizando todavía un poco más, el espíritu del Pasado. Lo cierto es que aquel Tercero permanecía a mi lado, susurrándome al oído aquella cosa tan increíble. Cuando salí al pequeño balcón de mi habitación para fumar una pipa y disfrutar de la reconfortante presencia de las estrellas antes de irme a dormir, aquello salió también conmigo. Estaba en todas partes. Se oía ladrar a unos perros, a lo lejos se escuchaba el monótono redoble de un tambor que parecía provenir de Bedraschien, y desde las barracas y las calles oscuras llegaba el sonsonete de las musicales voces de los nativos. Detrás de todos aquellos sonidos tan familiares percibía la presencia invisible de aquel Tercero. El inmenso cielo nocturno, salpicado de estrellas, también me hablaba de su presencia. Estaba en la brisa helada que susurraba en torno a los muros del hotel y se cernía sobre toda la superficie del desierto insomne. Estaba tan acompañado como si el propio George Isley en persona se encontrara a mi lado... y en ese momento, me llamó la atención una figura que se movía a lo lejos. Aunque mi ventana se encontraba en el sexto piso, la estatura y el porte marcial de aquel hombre que se alejaba paseando del hotel eran inconfundibles. George Isley se estaba internando lentamente en el desierto.

En realidad, aquella visión no tenía nada de particular. No eran más que las diez de la noche, y yo mismo, de no ser por las órdenes del médico, bien podría haber estado haciendo otro tanto. Sin embargo, mientras me apoyaba en el alféizar de la ventana y le observaba desde aquella altura de vértigo, un escalofrío me recorrió el cuerpo, y una sensación que, por más páginas que escribiera, jamás podría llegar a explicar o describir, me invadió y se apoderó de mí. Las palabras que él había pronunciado durante la cena me

vinieron a la memoria con singular fuerza. Egipto le rodeaba como una inmensa e inmóvil telaraña gris. Sus pies habían quedado atrapados en ella y había empezado a vibrar. Aquella urdimbre plateada que iluminaba la luna iba transmitiendo la noticia de Menfis a Tebas, desde la subterránea Sáqqara al Valle de los Reyes, a una y otra orilla del Nilo. Un temblor recorría todo el desierto, y una vez más, como ya ocurriera en el comedor, escuché el rumor del movimiento de miles de leguas de arena. Tuve la impresión de haberle sorprendido en el preciso instante en que iba a desaparecer.

En aquel momento me di cuenta del poderoso embrujo que se desprende de esa misteriosa atmósfera de inmovilidad que es Egipto, y sentí que una emanación mágica de su poderoso pasado rompía súbitamente sobre mí como si se tratara de una ola. Quizá experimenté entonces lo mismo que él: la sensación de que el reflujo de aquella ola gigantesca me arrancaba una parte de mi ser y la arrastraba hacia el pasado. Un anhelo indescriptible extraía de mi corazón algún elemento vital que, embargado de una dulzura ardiente y anhelante, ansiaba alcanzar el éxtasis de una pasión espiritual que hacía mucho que había dejado de existir. No hay palabras para expresar la intensidad del dolor y la felicidad que aquello me producía; mi personalidad -o al menos una parte esencial de ella- parecía marchitarse ante aquella fuerza cautivadora.

Permanecí en aquel lugar, inmóvil como una piedra, sin poder dejar de mirarle. Firme y erguido, consciente de que cualquier resistencia sería vana, ansiando partir y, a la vez, esforzándose por quedarse, George Isley, más que andar parecía flotar en el aire avanzando hacia aquel hilo gris pálido que era la ruta de Suez y del lejano Mar Rojo. Mientras le contemplaba me invadió un extraño e intenso sentimiento de pesar, de desgarramiento y de compasión que no soy capaz de explicar; era tan misterioso como lo es el dolor en los sueños. Creo que sentí algo de la espantosa soledad que él experimentaba, una soledad que nada en el mundo podía atenuar. Despojado del Presente, su alma buscaba la quimera de un Pasado irreal. Ni siquiera la majestuosa calma de la espléndida noche egipcia conseguía disipar aquel sortilegio; reinaban una paz *y* un silencio maravillosos *y* el dulce perfume del aire del desierto era embriagador; pero aquello tan sólo contribuía a hacerlo más intenso.

Aunque me sentía incapaz de explicar mis propias emociones, la conmoción que me producían era tan real que se me escapó un suspiro y me di cuenta de que estaba a punto de llorar. No podía dejar de observarle y, sin embargo, sentía que no tenía derecho a hacerlo. Lentamente me fui retirando de la ventana con la sensación de haber estado entrometiéndome en su intimidad, pero antes pude ver cómo su silueta se fundía con el oscuro universo de arena que comenzaba nada más traspasar los muros del hotel. Llevaba puesto un manto verde que le caía casi hasta los talones y cuyo color se fusionaba con la superficie plateada de la oscuridad marina del desierto. Aquel brillo que, en un principio, parecía rodearle, finalmente le ocultó. Desapareció bajo uno de los pliegues de esa misteriosa vestidura, sin costuras ni cierres, que envuelve a Egipto a lo largo de miles y miles de leguas. El desierto se había apoderado de él. Egipto le había atrapado en su tela de araña. Había desaparecido.

No me sentía capaz de irme a dormir en aquel momento. El cambio que él había experimentado hacía que me sintiera menos seguro de mí. Su desintegración me había sobrecogido. Me daba cuenta de hasta qué punto yo mismo estaba nervioso.

Permanecí sentado junto a la ventana, fumando; estaba agotado físicamente pero mi imaginación se hallaba en un desagradable estado de sobreexcitación. Los grandes carteles luminosos del hotel se apagaron; una por una se fueron cerrando debajo de mí todas las

ventanas; en las farolas de la calle ya no había luz, y Helouan se asemejaba al montón de piezas blancas de un juego de construcción desperdigado sobre la moqueta de un cuarto de niños. Su aspecto en medio de aquella vasta inmensidad era insignificante. El entramado reticular de sus luces parpadeaba como si se tratara de un racimo de luciérnagas caído en una pequeña grieta de aquel formidable desierto. Parecía levantar la vista hacia las estrellas con cara asustada.

Hacía una noche serena. Sobre el paisaje flotaba una atmósfera de una belleza inmensa, tras la cual se adivinaba un matiz siniestro, apenas aliviado por el centellear de las estrellas. Pero, en realidad, nada dormía. Agrupados a intervalos sobre aquel universo de tonos pardos se alzaban solemnes y vigilantes los guardianes eternos: las descomunales Pirámides, la Esfinge, los adustos Colosos, los templos vacíos, las tumbas abandonadas desde hace siglos. Por todas partes se sentía la presencia de aquellos centinelas apostados a lo largo de la noche. El silencio parecía susurrar: «Esto es Egipto; es en Egipto donde estás. Más allá de tu ventana palpitan ochenta mil años de historia. Bajo tierra reposa, insomne, poderoso, imperecedero; no es algo que se pueda tomar a la ligera. ¡Ten cuidado! O también a ti te transformará! »

Mi imaginación me ofreció entonces una pista. Egipto es una realidad *difícil* de concebir. Como si se tratara de una idea fabulosa y cuasi legendaria, la mente no consigue darle cabida. Son tantos los elementos descomunales que lo componen que no hay forma de asimilarlos; el ánimo se queda en suspenso, trata de ganar tiempo para recobrar el aliento, los sentidos comienzan a vacilar y, finalmente, un embotamiento próximo al estupor se va apoderando del cerebro. Con un suspiro se abandona el combate y la mente capitula ante Egipto aceptando todas sus condiciones. Sólo los excavadores y los arqueólogos, al ceñirse estrictamente a los hechos, consiguen resistirse. Ahora comprendía mejor el significado que mi amigo daba a los términos «resistencia» y «protección». Mi razón vacilaba, pero la intuición no paraba de darle vueltas a esta pista tratando de descubrir cuáles pudieran ser las influencias que estaban en juego en aquel proceso. George Isley tenía una idea mucho más clara que la mayor parte de la gente de lo que era Egipto, pero se trataba del Egipto que fue.

Recordé entonces la primera impresión que me causó aquella tierra y cómo, más adelante, había sido incapaz de sobrellevar su recuerdo. Al evocarlo, acudía a mi mente una mezcolanza impresionante, una gigantesca mancha de color que, simplemente, anonadaba. Sólo los aspectos de menor importancia encontraban acomodo en el corazón. La visión que tenía era caótica: arenas inundadas de una luz deslumbrante, vastas naves de granito, imponentes efigies que miraban al sol sin parpadear, un río brillante y un desierto envuelto en sombras, el uno como el otro tan infinitos como el cielo; pirámides descomunales y gigantescos monolitos, ejércitos de cabezas, de zarpas y de rostros de una escala prodigiosa. Si cada uno de aquellos elementos tomados por separado aturdía, el efecto de conjunto era demasiado vasto e inabarcable para que la mente pudiera darle cabida. Su refulgente esplendor pasaba tan cerca de los ojos -y tan lejos a la vez- que no era posible distinguirlo con claridad; no había manera de comprenderlo.

Al cabo de unas semanas todo aquello comenzó lentamente a cobrar vida. Me atacó por sorpresa y quedé atrapado entre sus formidables garras; pero ni siquiera entonces fui capaz de hablar de ello, de describirlo, de pintarlo. Cuando menos se esperaba lanzaba su ataque: de repente, en las neblinosas calles de Londres, en el Club o en el teatro, un sonido evocaba el griterío de los árabes en las calles o una bocanada de aire perfumado traía a la memoria

las ardientes arenas que se extienden al dejar atrás los palmerales. Entonces, el inmenso embrujo de Egipto, que hasta ese momento había permanecido enterrado en uno de esos recodos del corazón a los que no tienen acceso las realidades cotidianas, surgía y lo transformaba todo. Tras él se adivinaba la presencia oculta de algo inexplicable, inquietante y sobrecogedor; el atisbo de una eternidad gélida, el hálito de algo terrorífico e inmutable, una realidad sublime, fascinante y ultraterrena, perdida entre las sombras del tiempo y del espacio. La melancolía del Nilo y la grandiosidad de un centenar de templos en ruinas derramaban sobre el corazón un torrente de inefable belleza. El aire del desierto se levantaba y, con él, pálidas sombras luminosas y una desolación desnuda que, sin embargo, rebosaba de enérgica vitalidad. Por la mente pasaba rauda la vívida y colorista imagen de un árabe a lomos de un burro, hasta que, finalmente, se empequeñecía y se perdía en la distancia. Las siluetas de una hilera de camellos se recortaban contra el cielo púrpura. Grandes vientos, espacios resplandecientes, majestuosas noches, días inmensos de un áureo esplendor surgían del suelo del patio de butacas del teatro; y, entonces, Londres, la sombría Inglaterra y la totalidad de la vida moderna quedaban reducidos a algo insignificante e irrisorio que producía un dolorido anhelo por el esplendor de aquellos millones de almas desaparecidas. Durante un instante, Egipto te traspasaba el corazón, y luego... se desvanecía.

Así pues, yo mismo recordaba haber tenido una experiencia fantástica de ese tipo. Desde luego, parece indudable que para cierta clase de personas Egipto puede hacer que el Presente pierda en gran medida el interés que antes despertaba en ellos. En mi caso, aquel recuerdo terminó por convertirse en una parte integrante de mi personalidad; algo en mí ansiaba aquella extraña y terrible belleza. Quien ha bebido del Nilo regresará para volver a beber de sus aguas ... Y, si en mi caso esto era posible, ¿qué no sería en el de una personalidad como la de George Isley? Comenzaba a vislumbrar el significado de lo que estaba ocurriendo. El antiguo Egipto, ese Egipto que permanecía enterrado y oculto, había lanzado sus redes sobre su alma. Su vida, cada vez más desdibujada en el Presente, estaba siendo transferida a un Pasado glorioso y reconstruido donde su existencia se iba perfilando con más nitidez. Hay países que dan y otros que quitan... y George Isley era una pieza digna de ser cobrada.

Turbado por tan singulares reflexiones, cerré la ventana y me alejé de ella. Sin embargo, aquello no bastó para dejar fuera la presencia de aquel Tercero. La cortante brisa nocturna entró conmigo. Corrí la mosquitera en torno a la cama, pero no apagué la luz; y una vez tumbado, intenté poner por escrito mis extrañas impresiones en un trozo de papel, aunque no tardé en descubrir con qué facilidad su sentido se perdía al tratar de reflejarlo con palabras. Estas percepciones visionarias y espirituales son demasiado sutiles para poder captarlas por medio del lenguaje. Al volver a leerlo tras un intervalo de varios años cuesta trabajo recordar lo mucho que significaba para mí y la asombrosa emoción que latía tras aquellas líneas desvaídas escritas a lápiz. Su retórica resulta vulgar y su contenido muy exagerado; pero, en su momento, cada una de sus sílabas encerraba una verdad. Egipto, que desde la noche de los tiempos ha sufrido el violento expolio de manos de todo el mundo, se toma ahora su venganza eligiendo una presa. La hora de Egipto ha llegado. Tras su máscara moderna permanece a la espera, rebosante de actividad y confiado en su poder oculto. Esta tierra, que ha sido la prostituta de tantos imperios fenecidos, descansa ahora en paz bajo las mismas estrellas de la antigüedad; con su belleza intacta, engalanada con el oro batido a lo largo de los siglos, con sus pechos al descubierto y sus magníficas extremidades tendidas al

sol. Alzando sus hombros de alabastro por encima de los montículos de arena, inspecciona a las pequeñas figuras del presente... y elige.

Aunque aquella noche no tuve ningún sueño, mi mente tampoco descansó del todo. Durante las largas horas de oscuridad una imagen me venía una y otra vez a la cabeza: la imagen de George Isley perdiéndose en el desierto bajo la luz de la luna. Con un ágil movimiento, la noche dejaba caer su capucha sobre su figura y él se fundía misteriosamente con esa entidad inmutable que envuelve al pasado con su manto. Una inmensa mano envuelta en sombras, suave como si estuviera enfundada en un guante pero labrada en granito, salía de debajo y se estiraba a lo largo de cientos de leguas de desierto para atraparle. Entonces, él desaparecía.

¡Se habla mucho de la inmovilidad del desierto y de su falta de expresividad! Pues bien, aquella noche yo lo vi moverse, y correr. Marchaba a toda prisa en pos de él. ¿Se entiende lo que quiero decir? ¡No, claro! Pero ésa es la extraña impresión que produce cuando comienza a agitarse; y el momento más terrible llega cuando... consciente de la propia impotencia... uno termina por rendirse y lo único que se desea es ser devorado. Se le deja acercarse sin hacer nada. George Isley había hablado de una tela de araña. Desde luego, se trata de algún poder primordial que se oculta tras el encanto superficial de eso que las gentes llaman el embrujo de Egipto. No es algo que se aprecie a simple vista. Se encuentra junto al Antiguo Egipto: bajo tierra. Tras la quietud de esos días ardientes en que no sopla el viento, tras la paz de las noches sosegadas e inmensas, permanece al acecho, monstruoso e irresistible, sin que nadie lo advierta. Mi mente era tan incapaz de asimilar aquella idea como el hecho de que nuestro sistema solar, con toda su cohorte de satélites y planetas, recorra anualmente varios millones de millas a toda velocidad en dirección a una estrella en la constelación de Hércules, sin que, aparentemente, dicha constelación parezca hallarse más próxima de lo que estaba hace seis mil años. Sin embargo, aquello me dio una pista. A George Isley, con toda su cohorte de pensamientos, de vivencias y de sentimientos, también le estaban arrastrando. Y yo, un satélite menor, sentía igualmente esa terrible fuerza de arrastre. Era algo impresionante... y en la cresta de aquella inmensa ola me quedé dormido.

5

Sin que nos diéramos cuenta fueron pasando los días, y también, creo, las semanas. Escondidos en aquel hotel cosmopolita pasábamos desapercibidos, apartados del resto del mundo. El tiempo parecía seguir su curso al ritmo que más le placía: rápido unas veces, lento otras, llegando incluso a detenerse en algunas ocasiones. Aquellos días radiantes, situados entre el esplendor del amanecer y del crepúsculo, eran tan similares que producían la impresión de no ser más que un único e interminable día. El mecanismo mental encargado de realizar mediciones se había desajustado. El tiempo marchaba hacia atrás; las fechas se olvidaban; el mes, la época del año, incluso el siglo, se hundían en un transcurso indiferenciado.

El Presente discurría de una forma verdaderamente extraña; los periódicos y la política carecían de importancia, las noticias no tenían ningún interés. La vida inglesa resultaba tan remota que parecía irreal y los acontecimientos europeos se desdibujaban. El flujo de nuestras vidas corría en una dirección completamente distinta: marchaba hacia atrás. Los

nombres y los rostros conocidos aparecían envueltos en brumas. Las gentes llegaban como caídas del cielo; de repente estaban ahí. Al encontrarlos en el comedor se tenía la sensación de que habían llegado de un mundo exterior que, en alguna parte, debía seguir existiendo. Cierto que un vapor hacía la travesía cuatro veces por semana, y que el viaje sólo duraba cinco días, pero eso era algo que, aunque se sabía, no se tenía en cuenta. El hecho de que aquí fuera siempre verano, mientras en aquellos otros lugares reinaba el invierno, contribuía a hacer que la distancia pareciera inconcebible. Mirábamos al desierto y hacíamos planes: «haremos esto y aquello; tenemos que ir a ese sitio; visitaremos tal *y* cual lugar...», *y,* sin embargo, nunca sucedía nada. Todas las cosas pertenecían al ayer o al mañana; como Alicia, habíamos descubierto que el *hoy,* en realidad, no existe. Nos bastaba con pensar en algo para que ocurriera. Con eso era suficiente. Si lo pensábamos, *había* ocurrido. Vivíamos inmersos en la realidad de los sueños. Egipto era un mundo de fantasía en el que el corazón vivía hacia atrás.

Así pues, durante aquellas semanas estuve contemplando cómo se iba apagando una vida, y aunque mantenía una actitud vigilante y llena de comprensión hacia él, me sentía incapaz de intervenir y de prestar ayuda. A través de pequeños detalles advertía en George Isley el progreso de aquel combate desigual, pero mi capacidad de socorrerle se veía anulada por el hecho de que también yo me encontraba en una situación similar a la suya. Lo que él experimentaba de forma definitiva y completa, yo lo experimentaba en menor medida y solamente en algunas ocasiones. También yo parecía haber quedado atrapado en los bordes de aquella telaraña invisible. Me sentía tan implicado en aquella situación que no me costaba comprender lo que le estaba ocurriendo... y asistir a su declive era algo verdaderamente espantoso. En el proceso su carácter desaparecía; vi cómo todas sus aptitudes se iban extinguiendo, cómo menguaba su personalidad, cómo su propia alma se disolvía ante aquella influencia insidiosa e invasora. Apenas si ofrecía resistencia. Me hacía pensar en esos insectos abominables que paralizan el sistema motriz de sus víctimas para después poder devorarlas a placer cuando aún están vivas. Aquella increíble aventura era rigurosamente cierta, pero, dado su carácter espiritual, no es posible narrarla como si se tratara de un relato detectivesco. La versión que doy de ella no es sino una interpretación personal; tan sólo *una* de las muchas versiones posibles. Todo aquel que conozca el verdadero Egipto, ese Egipto que nada tiene que ver con la construcción de presas, con el nacionalismo o con el bienestar material de los *falaheen, lo* entenderá. Esa tierra aún tiene que sufrir el despojo de sus muertos, y en venganza, elige tranquilamente sus presas entre los vivos.

Las circunstancias en que se delataba podían ser de lo más banales; lo que las hacía interesantes era la posibilidad que ofrecían de entrever el proceso que se desarrollaba bajo su tranquilo aspecto externo. Recuerdo que en cierta ocasión, tras comer juntos en Mena, fuimos a visitar unas excavaciones que se estaban haciendo no muy lejos de las pirámides de Gizeh, y de regreso, pasamos junto a la Esfinge. Era la hora del crepúsculo; el grueso del ejército de turistas ya se había retirado, aunque algunas docenas de visitantes pululaban todavía por el lugar entre el griterío de los muchachos que alquilaban borricos y de los pedigüeños. De pronto, vimos emerger su cabeza y sus hombros descomunales flotando sobre aquel mar de arena. Bajo aquella luz mortecina, su figura oscura y monstruosa se destacaba tan imponente como de costumbre, como un ser cuyo linaje no fuera humano. Ningún grado de familiaridad con esa imagen puede devaluar su grandeza, el impresionante marco en donde se ubica o la expresión vacía de un semblante de unas dimensiones tan

vastas que no permiten identificarlo como un rostro. Aunque se visite un millar de veces su poderío permanece inalterable. Se ha agregado a la tierra desde un mundo desconocido. Tanto George Isley como yo nos hicimos a un lado al avistar aquella presencia ajena e inquietante. No llegamos a detenernos, pero aminoramos la marcha. Hacerlo era algo obvio, inevitable.Entonces, con una brusquedad que hizo que me sobresaltara, me señaló algo con la mano. Apuntaba a los turistas que se encontraban por allí.

-Ves -dijo en voz baja-, de día y de noche, encontrarás siempre a una multitud rindiendo pleitesía a esa cosa. Pero fíjate en su comportamiento. Que yo sepa las gentes no hacen eso frente a ninguna otra ruina en el mundo.

Se refería a cómo las personas procuraban apartarse de los demás para contemplar aquel rostro formidable a solas. Desperdigados por aquella profunda concavidad de arena se veían hombres y mujeres -de pie, tumbados, en cuclillas- que se mantenían alejados del grueso del grupo donde los dragomanes, con su proverbial labia, recitaban sus peroratas.

-Es el deseo de estar solo -prosiguió como si hablara consigo mismo, tras habernos detenido un momento- la necesaria intimidad que exige la adoración.

Aquella escena era *muy* significativa, pues ponía de manifiesto como, a pesar de toda la propaganda que se le había hecho, no disminuía en nada el efecto que causaba aquel semblante inescrutable cuyos ojos de piedra contemplaban en silencio los humanos. Ni tan siquiera aquel soldado de casaca roja, de pie sobre una de sus gigantescas orejas, conseguía introducir una nota banal en aquel cuadro. Pero las palabras de mi compañero sí que añadían algo más al espectáculo, algo menos excelso y que dejaba caer una gota de horror en aquel cuenco de arena. Por un instante no era difícil imaginar que esos turistas rendían culto... en contra de su voluntad. No costaba imaginarse que el monstruo se percataba de su presencia, que lentamente hacía girar su espantosa cabeza, mientras la arena comenzaba a deslizarse visiblemente entre una de sus patas que empezaba a moverse. En una palabra, que podía apoderarse de ellos... y transformarlos.

-Ven, se hace tarde, y quedarse a solas con esa cosa es algo que en este momento me resulta insoportable -me susurró con voz apagada, interrumpiendo mis fantasías como si las hubiera adivinado-. En fin, ya te habrás dado cuenta, de lo poco que importan los turistas, ¿no? -añadió mientras me tiraba del brazo para que nos alejáramos rápidamente de allí-. En vez de hacer que disminuya su efecto, no hacen sino aumentarlo. Los utiliza.

Una vez más un ligero escalofrío, causado posiblemente por el nerviosismo que apreció en él al tocarme o por la seriedad con que había pronunciado aquellas extrañas palabras, me recorrió todo el cuerpo. Una parte de mí se quedó rezagada en esa oquedad de arena, postrada ante aquella inmensidad que simbolizaba el pasado. Un anhelo misterioso e insensato se apoderó de mí por un instante, un intenso deseo de comprender exactamente por qué se sentía en aquel lugar la presencia del terror, cuál era el verdadero sentido que tuvo aquella figura para quienes la colocaron allí, esperando al sol; cuál era el papel específico que desempeñaba -a qué almas conmocionaba y por qué lo hacía- en ese sistema de majestuosas creencias y de fe del cual seguía siendo el emblema más indestructible. El pasado se agrupaba solemne en torno a aquella amenazadora efigie. Percibía con toda claridad esa especie de fuerza de succión espiritual que arrastraba hacia atrás y a la que mi compañero, a pesar de la oposición de su yo más moderno y común, se sometía con gusto. Conseguía que el pasado pareciera algo extremadamente deseable y desligaba todas las ataduras que nos unen al presente. Encarnaba tres de los principales ingredientes del profundo embrujo de Egipto: el tamaño, el misterio y la inmovilidad.

Por fortuna, a George Isley le dejaban indiferente los aspectos más burdos de aquel hechizo. Lo convencionalmente misterioso no le interesaba; ni relataba historias de momias ni tan siquiera hizo nunca alusión a esa cualidad sobrenatural que acude siempre a la mente de la mayoría cuando piensa en Egipto. Lo suyo no era ningún juego. Aquella influencia era algo serio y vital. Aunque yo sabía que tenía ideas muy firmes sobre la impiedad de perturbar el reposo de los muertos, estando yo presente nunca atribuyó ningún carácter supuestamente vengativo a las energías de un pasado ultrajado. Las clásicas historias de este tipo -adecuadas tan sólo para las mentes supersticiosas y para los niños- las ignoraba completamente; las deidades que querían apoderarse de su alma tenían un rango muchísimo más elevado. Él vivía ya -si es que se puede expresar así- en un mundo que su corazón había reconstruido o recordado; la dirección hacia la que le conducían era radicalmente distinta. Con esa visión moderna y sensacionalista de la vida, su espíritu ya no tenía trato alguno: vivía hacia atrás. Observaba cómo su figura se iba alejando hacia la espaciosa y dorada atmósfera del tiempo recuperado con tristeza, pero nunca con sentimentalismo. El alma inmensa del Egipto subterráneo le arrastraba hacia abajo. Su empequeñecimiento físico era, por supuesto, una interpretación mental que yo había hecho, pero otra interpretación todavía más extraña, de carácter espiritual, maravillosa y horrible a un tiempo, corría en paralelo a aquella. Mientras su apariencia externa y todo lo que le vinculaba con el mundo moderno y el Presente parecía disminuir, por dentro crecía y se volvía gigantesco. El tamaño de Egipto había penetrado en él. Unas dimensiones descomunales comenzaban a acompañar cualquier representación que mi visión interior se hacía de su personalidad. Se estaba agigantando. Ya se habían apoderado de él dos rasgos característicos de aquella tierra: la magnitud y la inmovilidad.

Finalmente, ese temor reverencial que el mundo moderno ignora con desprecio, se despertó en mi corazón. La mera presencia de mi compañero bastaba a veces para asustarme, pues uno de los aspectos del embrujo de Egipto radica precisamente en su tamaño y sus dimensiones. Nuestro corazón desdeña este presente que es sólo velocidad, pero las grandes magnitudes siguen inquietándole, y en Egipto se encuentran tamaños que fácilmente pueden llegar a producir espanto.

Cada detalle de esa tierra parece empeñado en meternos esa idea en la cabeza, hasta que, por fin, el presente tiene que dejarle su sitio. Los cómputos en millas no bastan para hacer comprensible la inmensidad del desierto, y las fuentes del Nilo se encuentran a tal distancia que, más que en el mapa, se diría que sólo existen en nuestra imaginación. El esfuerzo necesario para aprehender su realidad se paraliza; daría lo mismo que estuvieran en la Luna o en Saturno. Aún se desconoce la magnificencia desnuda del desierto, y en cuanto a las pirámides, los templos, los pilares y los Colosos, sus proporciones se quedan a las puertas de nuestra mente, pero nunca llegan a superar ese umbral. Egipto permanece fuera, revestido de las prodigiosas medidas del pasado. Sus antiguas creencias no sólo participan de ese efecto titánico sino que lo elevan a una dimensión superior. Sus dimensiones agobian y producen una desagradable sensación de inmensidad; por eso la mayoría de las personas regresa con alivio a aquellos detalles que pueden medirse haciendo uso de una escala más manejable. Los trenes expresos, los aviones o los transatlánticos no exigen una expansión tan dolorosa de nuestras facultades como los pilares de Karnak, las pirámides o el interior del Serapeum.

Por otra parte, justo detrás de esa magnitud, acecha lo monstruoso. No es algo que se manifieste solamente en las arenas y las piedras, en los extraños efectos de luz y de sombra

o en las relumbrantes puestas de sol y los mágicos crepúsculos, sino también en toda su variada vida animal. Se adivina en esos búfalos de voluminosas cabezas, en los buitres, en las miríadas de milanos o en el grotesco aspecto de esos camellos que nunca paran de rumiar. No hay un sólo lugar de ese paisaje colosal y áspero donde no se perciba esa sensación. La lírica no tiene cabida en esa tierra de arrebatados espejismos. Una inmensidad deforme observa el diario ajetreo de los minúsculos seres humanos. Los días se suceden en una marea de un dorado esplendor, y no queda más remedio que dejarse llevar por esa corriente irresistible que arrastra hacia atrás, hacia las profundidades. Vestidos con sus coloridos ropajes, los indígenas caminan en silencio a este lado de la cortina; al otro lado habita el alma del antiguo Egipto -la Realidad, como la llamaba George Isley- observándolo todo con sus ojos insomnes de un gris infinito. A veces la cortina tiembla y se levanta una esquina; surge una mano invisible; el alma recibe su toque... y alguien desaparece.

6

El proceso de desintegración debía estar ya bastante avanzado cuando aparecí yo, pues los cambios se producían con gran rapidez.

Aquel era su tercer año en Egipto, y dos de ellos los había pasado de forma ininterrumpida en las proximidades de Tebas, en compañía de un egiptólogo llamado Moleson. No tardé en descubrir que, para Isley, esa región constituía el gran polo de atracción o, como él mismo decía, el corazón de la telaraña. Naturalmente no eran Luxor ni las vistas de la reconstruida Karnak lo que le interesaba, sino esa extensión de terreno cubierto de sombrías e imponentes montañas donde la realeza terrenal y espiritual había buscado la paz eterna para sus restos mortales. Rodeados de aquella soberbia desolación, los grandes sacerdotes y los poderosos reyes se habían creído a salvo de los sacrílegos. En aquellas cavernas subterráneas habían acudido fielmente a su cita con los siglos, protegidos por el silencio de su impresionante oscuridad. Allí esperaban dormidos, en íntima comunión con el transcurrir de las edades, a que Ra, su alegre divinidad, los convocara para dar satisfacción a su antiguo sueño. Y allí, en el Valle de las Tumbas de los Reyes, su sueño se hizo añicos, sus maravillosas profecías fueron objeto de burla y su gloria se vio ensombrecida por la impía profanación de los curiosos.

Que George Isley y su compañero, a diferencia de sus pragmáticos colegas, no se habían limitado a emplear el tiempo en excavar y descifrar jeroglíficos, sino que se habían enfrascado en una serie de extraños experimentos de recuperación y reconstrucción del pasado, era un tema del que se hablaba abiertamente en el seno de la comunidad arqueológica. Los increíbles acontecimientos que allí habían tenido lugar habían sido la comidilla de, por lo menos, las dos últimas temporadas de excavaciones. De todo aquello me enteraría más adelante, y las historias que entonces me contaron eran absolutamente asombrosas: hablaban de cómo aquel desolado valle rocoso se repoblaba las noches de luna llena, del humo de unas misteriosas hogueras que se elevaba hasta coronar las cumbres achatadas de los montes, de cómo se había visto salir de unas aperturas situadas en las colinas unas procesiones pertenecientes a algún culto olvidado y se había escuchado el eco de unos cánticos sonoros e increíblemente dulces que brotaban de aquellos desoladores y

repulsivos precipicios. Al parecer el contenido de aquellas historias se había exagerado hasta extremos inusitados; primero las difundieron algunos beduinos nómadas; luego los guías y los intérpretes las repitieron añadiéndoles nuevos toques de misterio y, finalmente, a través de los sirvientes indígenas de los hoteles, llegaron a oídos de los turistas aderezadas con todo tipo de anécdotas pintorescas. Según parece, también llegaron a oídos de las autoridades. En cualquier caso, el único dato fiable que obtuve en aquel momento fue que todo aquello cesó bruscamente. George Isley y Moleson se separaron; y, por lo que oí, era Moleson quien había iniciado aquel asunto. Entonces aún no le conocía personalmente; su fascinante libro, *Una reconstrucción moderna del culto al sol en el antiguo Egipto,* era mi único contacto con aquella mente tan poco común. En él defendía la idea de que el sol sería la deidad de una religión científica que remplazaría en el futuro a los diversos dioses antropomorfos de unos credos pueriles y planteaba la posibilidad de que los signos del zodiaco fueran una especie de Inteligencias Celestes. La fe resplandecía en cada una de sus páginas. Tenía la teoría de que el calor, cuya fuente de procedencia exclusiva era el sol, constituía la base de la vida humana y, por lo tanto, los hombres formaban parte del sol del mismo modo que, para los cristianos, cada hombre forma parte de su deidad personal. El destino final era la absorción. La descripción que hacía de «los ceremoniales del culto al sol» conseguía transmitir una sensación de realidad y una belleza impresionantes. Aunque este libro tan singular era lo único que sabía de su autor hasta que vino a visitarnos a Helouan, no me costó mucho darme cuenta de que, de algún modo, la influencia de aquel hombre estaba en el origen del cambio que había experimentado mi compañero.

Así pues, era en Tebas donde se hallaba el punto neurálgico de la fuerza que tiraba de mi amigo, alejándolo de las realidades de la vida moderna. Era fácil suponer que debió ser allí donde aquellos hombres se tropezaron con una serie de «obstáculos» que habían impedido que siguieran investigando con más detalle. En aquel valle opresivo y embrujado, situado en las proximidades de la Ciudad de las Cien Puertas, donde lo blasfemo y lo reverencial se enfrentan cara a cara, donde la curiosidad moderna se halla más afanosamente organizada, y donde hasta los propios turistas son conscientes de una hostilidad latente que acosa las indagaciones de las mentes menos imaginativas, era donde Egipto había levantado el cuartel general de su irreconciliable antagonismo. Y era allí, entre las ruinas más espléndidas de su pasado, donde habían transcurrido los años que George Isley había dedicado a su mágica reconstrucción y donde se había topado con aquella fuerza que ahora dominaba por completo su vida.

Aunque en las charlas que mantuvimos nunca se le escapó un reconocimiento explícito de aquel combate interior, recuerdo, ya entonces, algunos fragmentos de conversaciones que ponían de manifiesto su renuncia voluntaria al presente. En cierta ocasión hablábamos del miedo; aunque, como siempre hacíamos, con esa especie de vaguedad que acabo de mencionar. Yo insistía en que la mente, una vez que ha sido prevenida contra algo, puede mantener el control sobre sí misma y evitar que ocurra.

-Pero eso no quiere decir que lo que iba a ocurrir fuera irreal -objetó.

-La mente puede negarlo -dije-. Entonces se vuelve irreal.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

-No se puede negar algo que es irreal. La negación es un mecanismo de autodefensa infantil contra algo que creemos que va a ocurrir. -Por un momento me miró fijamente a los ojos-. Se niega lo que se teme -dijo-. Pero el miedo también atrae. Sabes que, tarde o

temprano, te atrapará -al decir aquello sonrió con inquietud.

Dado que los dos conocíamos el secreto que se ocultaba tras aquella conversación, hablar de esa manera resultaba un tanto indecoroso e inadecuado, pues de hecho lo que discutíamos eran los aspectos psicológicos de su propia desaparición. No obstante, a pesar del disgusto que me producía, lo cierto es que había en aquel tema algo que me fascinaba y que lo hacía extremadamente atractivo...

-Una vez que se lleva dentro el miedo -añadió luego-, la confianza en uno mismo comienza a socavarse, la estructura de la vida se ve amenazada y finalmente, ... se parte con alegría. La fe es el cimiento de todas las cosas. Un hombre es aquello que cree sobre sí mismo; y en Egipto se pueden llegar a creer cosas que, en otro lugar del mundo, a nadie se le pasarían por la cabeza. Ataca las propias esencias de la persona.

Dejó escapar un suspiro, en el que, no obstante, se adivinaba una extraña expresión de placer; una sonrisa de resignación y de alivio pasó fugazmente por sus duras facciones. El gran placer del abandono ya se había apoderado de él.

-Pero incluso las creencias deben estar basadas en algún tipo de experiencia -objeté-. Me producía espanto hablar de su enfermedad espiritual enmascarándola tras aquellas alusiones indirectas. Mi única excusa es que era evidente que él se prestaba gustosamente a ello.

De forma inmediata expresó su asentimiento.

-Algún tipo de experiencia siempre hay -dijo en tono misterioso-. Habla con la gente que vive aquí, pregunta a cualquiera que piense un poco o que tenga una imaginación mínimamente despierta. Sea cual sea la frase con que la formulen, siempre obtendrás la misma respuesta. Incluso los turistas y los simples funcionarios lo sienten. Y no es cosa del clima, no es cosa del estado nervioso, no es ninguna tendencia concreta que puedan nombrar o identificar. Tampoco se trata de que la mente se halle imbuida de la magia del Oriente. Es algo que empieza por arrancarte de tu vida habitual y que, más adelante, te arranca la propia vida a la que estás acostumbrado. Al final renuncias voluntariamente a un Presente que no te aporta nada. Además, una vez que la puerta se ha abierto... ya no valen medias tintas.

Era tan innegable la verdad que encerraban aquellas palabras que no se me ocurrió ninguna réplica que fuera lo bastante consistente como para forzarle a rectificarlas. De hecho, todos los intentos que hice en ese sentido resultaron inútiles. Tenía la intención de partir; mis palabras no le iban a detener. Quería un testigo -la soledad de la marcha le horrorizaba- pero no toleraba ninguna interferencia. Lo contradictorio de aquella situación hacía que tanto nuestro corazón como nuestra mente se hallaran en un estado de perplejidad. El ambiente que se respira en esa tierra mayestática, tan insignificante hoy en día y tan grandiosa en el pasado, contribuía sin duda a que se produjera la apertura de unos horizontes espirituales que revelaban unas posibilidades asombrosas.

7

Fue durante unos días sin viento de un espléndido mes de diciembre cuando Moleson, el egiptólogo, nos localizó e hizo una visita relámpago a Helouan. Aunque sus obligaciones le llevaban de un extremo a otro del país, al parecer podía disponer libremente de su tiempo. Su estancia entre nosotros se prolongó. Su llegada introdujo un elemento nuevo que no sabría muy bien cómo evaluar, aunque en términos generales el efecto que produjo en mi

compañero fue el de hacer más patente su alteración. Subrayaba el cambio que se había producido en él y lo hacía más palpable. Me pareció advertir también que su presencia no era bien recibida. «Jamás hubiera esperado encontrarte *aquí»,* había dicho Moleson, soltando una risotada, cuando se encontraron; sin que quedara muy claro si se refería a Helouan o al hotel. Mi impresión personal fue que se refería a ambos, y recordé entonces mi fantasía sobre lo apropiado que era aquel hotel para esconderse. George Isley no había podido contener un ligero sobresalto cuando le trajeron la tarjeta de visita a la hora del té. Tuve la impresión de que había intentado escaparse de su antiguo colega. Pero Moleson le había encontrado.

-He oído decir que estabas con un amigo y que te estabas planteando la posibilidad de emprender nuevos expe... trabajos -Moleson sustituyó rápidamente la palabra «experimentos» por aquella otra.

-Como tú mismo puedes ver, lo primero es cierto, pero no lo segundo -replicó con sequedad mi compañero. En su tono se apreciaba cierto matiz de antipatía que bien hubiera podido interpretarse como hostilidad. Me di cuenta no sólo de que los dos se conocían desde hacía mucho, sino que, además, se conocían muy bien. En sus palabras, en sus gestos y en sus miradas se percibía un trasfondo cuyo significado no alcanzaba a captar ¡Tramaban algo; o al menos, *habían* estado tramando algo; algo de lo que Isley se habría desentendido con gusto de haber sido posible!

Moleson era una persona ambiciosa y llena de energía, que vivía para su profesión, mostrándose igualmente receptivo a la vertiente poética y al lado práctico de la arqueología, y la primera impresión que me causó fue plenamente satisfactoria. Un *don* natural para aquella disciplina le había granjeado el éxito y una cierta fama a una edad bastante temprana. Sus conocimientos eran enciclopédicos y muy precisos; y su mente estaba empapada de la sabiduría de aquella civilización extinta. Tras una apariencia externa ligeramente descuidada se adivinaba una naturaleza apasionada y compleja. No podía dejar de observar con interés a aquel hombre para quien el viejo culto solar de unos tiempos precientíficos conservaba una belleza tan verdadera como real. Muchos aspectos de su libro, que en su momento me sorprendieron, se volvían inteligibles ahora que conocía a su autor. No sabría dar detalles de cómo sucedía aquello, pero el caso es que había algo en su persona que lo hacía posible. Aunque se trataba de un hombre moderno hasta la médula, y estaba al tanto de todas las tendencias de última hora, parecía ocultar dentro de sí otro yo que adoptaba una actitud de desapego y digna indiferencia hacia los intereses que centraban la atención de su espíritu «cultivado». Por así decirlo, sabía leer los secretos vitales que se hallaban tras las etiquetas de los museos. Si ha habido alguna vez un hombre que pareciera recién salido de los tiempos faraónicos ése era él. Al poco de conocernos, me di cuenta de que éste era aquel hombre que tenía una capacidad de «resistirse y de protegerse» extraordinarias, y que, dentro de los de su profesión, era «excepcional». Su disposición de ánimo solía ser ligera y alegre, tenía un gran sentido del humor, y su modo de enfrentarse a las cosas parecía indicar que consideraba que la actitud más sana ante la vida era tomárselo todo a risa. Sin embargo, hay risas que ocultan... otras cosas. Moleson, según pude colegir por las distintas pistas que extraje de su conversación, sus actitudes y sus silencios, era un ser profundo y singular. Fueran cuales fueran sus experiencias en Egipto había sobrevivido a ellas de forma admirable. Existían por lo menos dos Moleson. Aunque su personalidad, más que doble, a veces me parecía múltiple.

Era alto, delgado y enjuto, tenía la piel reseca y unas facciones tan marchitas como las de

una momia; como él mismo decía, mientras soltaba una carcajada, la Naturaleza le había elegido físicamente para aquella profesión. Lo cierto es que era fácil imaginarle arrastrándose a lo largo de los estrechos túneles que conducen a las tumbas de arena o retorciéndose por sombríos pasadizos en medio de un calor sofocante sin sentir la más mínima incomodidad. En su mente había algo sinuoso, casi fluido, que se manifestaba también en su cuerpo. A nadie le habría causado sorpresa descubrir que era capaz de desplazarse en todas direcciones; hacia delante o hacia atrás... o incluso en dos direcciones a un tiempo.

Aquella primera impresión se fue ahondando antes de que hubieran pasado muchos días. Percibía en él una especie de irresponsabilidad, algo había en su carácter que no era sincero, casi producía la sensación de no tener corazón. Ciertamente su moral no era la habitual en estos tiempos, y había algo escurridizo en su forma de pensar. Creo que el mundo moderno, por el cual no sentía apego alguno, le confundía y le irritaba. La mera presencia de aquel hombre bastaba para introducir una nota de inseguridad en el ambiente. El interés que sentía por George Isley no difería mucho del que se puede sentir por un «espécimen» psicológico. Recordé que en su libro describía el proceso de selección de los individuos que habían de cumplir determinadas funciones en aquel maravilloso culto, y entonces, como un relámpago, se me pasó por la mente la idea de que... en fin, de que quizá Isley era la persona idónea para desempeñar alguna función específica en sus actividades de recreación. Aquel hombre era extremadamente observador, lo miraba todo de los pies a la cabeza, pero no lo hacía sólo con la vista; parecía conocer las motivaciones y las emociones mucho antes de que éstas se manifestaran por medio de acciones y gestos. Tenía la sensación de que también yo le interesaba. Desde luego me miraba de arriba abajo con esa facultad de observación interna que parecía salirle de forma automática.

Moleson no se alojaba en nuestro hotel -había elegido otro con más vida social- pero venía con frecuencia a almorzar o cenar con nosotros, y a veces pasaba la tarde en la habitación de Isley entreteniéndonos con sus dotes pianísticas, cantando canciones árabes o salmodiando frases de los antiguos rituales egipcios, acompañadas de ritmos de su propia cosecha. La vieja música egipcia, tanto en su armonía como en su melodía, estaba mucho más desarrollada de lo que yo imaginaba, pues según parece, la utilización del sonido tenía una importancia capital en sus ceremonias. La forma en que interpretaba las salmodias producía un efecto extraordinario, aunque no sabría decir si se debía a la sonoridad de su voz, a la peculiar entonación ascendente con que pronunciaba las vocales o a alguna otra razón más profunda. En cualquier caso, el resultado era algo único. Conseguía que el Egipto enterrado saliera a la superficie; casi se podía sentir cómo aquel Ente gigantesco entraba en la habitación. Desde el momento en que empezaba el canto, su esplendor y su inmensidad se introducían en la mente, acompañados siempre de una sensación de algo terrible y opresivo. Aquel sonido encerraba en sí el reposo de la eternidad. Al poco rato de haber estado oyendo esa música acudían invariablemente a mi cabeza imágenes del Valle de los Reyes, de los templos abandonados, de titánicos semblantes de piedra, de grandiosas efigies tocadas con signos zodiacales, pero sobre todo ... de los dos Colosos gemelos.

Le comenté a Moleson esta última circunstancia.

-Es curioso que también *usted* sienta eso... quiero decir que es curioso eso que usted dice -me respondió sin mirarme, pero dando a entender que esperaba que yo hiciera aquel comentario-. En mi opinión, las efigies de Memnon expresan lo que es Egipto mejor que todos los demás monumentos juntos. Como el desierto, carecen de rasgos. Se podría decir

que lo compendian, pero sin llegar a pronunciar su mensaje. Porque, vera, no pueden hacerlo -dijo, soltando una risa gutural-. No tienen ojos ni labios ni nariz; sus rasgos se han borrado.

-Y a pesar de todo, revelan el secreto... a aquellos que se molestan en escucharlo, justamente porque carecen de palabras -apostilló Isley con un hilo de voz-. Aún siguen cantando al amanecer -añadió en voz más alta, con un tono casi desafiante que me sobresaltó.

Moleson se volvió hacia él, abrió la boca para decir algo, vaciló, y se contuvo. Durante un rato permaneció en silencio. No soy capaz de describir qué había en la fugaz mirada que intercambiaron que, por alguna razón en absoluto obvia, consiguió ponerme en estado de alerta. Me puso los nervios de punta y sentí cómo un soplo de aire gélido se deslizaba entre nosotros. Moleson volvió a girarse hacia mí.

-A veces casi tengo la sensación de haber sido un sacerdote de Amon-Ra en una vida anterior, porque esto me sale de forma natural, como si lo conociera por instinto -me dijo, riéndose, después de que yo le hubiera felicitado por la música-. Recuerde que Plotino, a quien debemos la grandiosa idea de que todo conocimiento no es sino recuerdo, vivió a tan sólo unas millas de aquí, en Alejandría -dijo con cínico regocijo-. Al menos en aquellos tiempos -añadió con un tono muy significativo-, los cultos eran auténticos y los ceremoniales sí que expresaban grandes ideas y enseñanzas. Tenían fuerza. -Tras aquellas palabras contradictorias se adivinaban dos Molesons distintos.

Me fijé que Isley se movía inquieto en su asiento; por algunos de sus gestos se podía colegir el desasosiego que sentía. Durante un momento ocultó el rostro entre las manos, luego suspiró e hizo un movimiento como si tratara de evitar algo que iba a ocurrir. Pero Moleson se resistió a su intento de cambiar de conversación, aunque a partir de aquel momento el tono de la misma varió ligeramente de forma natural. Abundaban las ocasiones de este tipo en las que me daba cuenta de que ambos trataban de orillar algo que había ocurrido, algo que Moleson deseaba reanudar, pero que Isley parecía estar ansioso de diferir lo máximo posible.

Por más que estudiaba la personalidad de Moleson nunca conseguía llegar más allá de un cierto punto. Era astuto, sutil, con una inteligencia más aguda que grande; y también era cínico y falso. Sin embargo, aunque no me veo capaz de explicar por qué medios, llegué a otras dos conclusiones con respecto a él: en primer lugar, me di cuenta de que no siempre había sido una persona insincera y carente de sentimientos; y en segundo, que buscaba las diversiones sociales con un propósito muy determinado y nada común. Creo estar bastante seguro de que lo primero tenía que ver con la impronta que había dejado Egipto en él, y en cuanto a lo segundo, debía ser parte del esfuerzo que realizaba para resistir y autoprotegerse.

-Si no fuera por la diversión nadie aguantaría más de un año aquí sin venirse abajo. La vida social se vuelve desenfrenada, alocada; la gente hace cosas que nunca se les ocurriría hacer en sus propios países -señaló en cierta ocasión, con un tono frívolo que apenas conseguía velar la trascendencia de lo que decía-. Quizá ya lo habrá usted advertido -añadió mirándome de repente-. Ya sabe cómo son las cosas en El Cairo y en otros lugares; la gente se entrega de lleno a la diversión y se cometen todo tipo de excesos.

Asentí con la cabeza, aunque la forma en que lo expresaba me producía una sensación un tanto desagradable.

-Es un antídoto -dijo, con un ligero tono mordaz-. Yo mismo solía aborrecer el trato social. Pero ahora encuentro que la diversión -un poco de juerga sana- tiene su importancia.

Al cabo de cierto tiempo Egipto termina por sacarle a uno de quicio. La fibra moral comienza a fallar. La voluntad se debilita -y al decir aquello miró disimuladamente a Isley como indicando lo que quería decir-. Quizá sea el contraste entre la fealdad del presente y la magnificencia del pasado -añadió con una sonrisa.

Isley, por todo comentario, se encogió de hombros, y Moleson aprovechó para contar los casos de algunos amigos y conocidos sobre los cuales Egipto había ejercido una influencia perniciosa: Barton, un maestro formado en Oxford, que se empeñó en vivir en una tienda de campaña hasta que, finalmente, las autoridades le relevaron de su puesto. Fue entonces cuando, impulsado por una fuerza irresistible, se marchó con su tienda a vagar por el desierto, dejando a un lado cualquier tipo de consideración práctica. Aquel anhelo se había apoderado de él, aunque nunca supo definir exactamente qué era lo que le había impulsado a hacer aquello. Su equilibrio mental terminó por resentirse.

-Pero ya se encuentra recuperado; precisamente este mismo año le vi en Londres. No sabía explicar lo que había sentido o por qué hizo aquello. Eso sí... se le ve cambiado.

También habló de John Lattin, que había padecido un terrible acceso de agorafobia en el Alto Egipto; de Malahide, a quien la fascinación del Nilo había inducido una manía suicida que le había llevado a cometer repetidos intentos de ahogarse; de Jim Moleson, un primo suyo (que había acampado en Tebas con Isley y con él), que se había visto atacado súbitamente por un extraño tipo de megalomanía en medio de aquellas inmensidades de arena. Todos ellos se habían curado completamente tan pronto como abandonaron Egipto, aunque también, todos y cada uno de ellos, habían cambiado y sufrido una transformación en lo más profundo de sus almas.

Hablaba de un modo vago y deshilvanado, y muchas de las cosas que contaba eran descabelladas, como si pretendiera desafiar a que se le contradijera. Sin embargo, había en todo ello algo que imponía, seguramente a causa de un efecto de acumulación emotiva.

-Los monumentos no impresionan meramente por su tamaño, sino también por su majestuosa simetría -recuerdo que dijo en otra ocasión-. Basta con fijarse en la forma que eligieron; pensemos en el caso de las Pirámides, por ejemplo. Ninguna otra forma hubiera sido posible: la cúpula, el cubo, el cono; cualquiera de ellas habría resultado del todo inadecuada. La combinación de un volumen en forma de cuña, unos cimientos inmensos y un vértice apuntado constituyen la expresión perfecta en materia de contorno. ¿Acaso cree usted que alguien que no llevara esa misma grandeza dentro de sí hubiera elegido semejante forma? No fueron unas mentes desequilibradas quienes concibieron las magníficas y armoniosas estructuras de los templos. En sus conciencias había un esplendor majestuoso que sólo puede nacer de la verdad y la sabiduría. El poder de sus imágenes es una expresión directa de unas realidades eternas y esenciales que ellos conocieron.

Le escuchábamos en silencio. Se dejaba llevar por el entusiasmo que sentía por aquel tema. Pero detrás de su tono desenfadado y de las preguntas burlescas latía un apasionamiento que me resultaba inquietante. Tenía la sensación de que, poco a poco, se iba aproximando un clímax que tanto para él como para Isley iba a ser cuestión de vida o muerte. Sin embargo, no conseguía descifrar aquel misterio. La simpatía que sentía por Isley me permitía participar un poco de lo que estaba ocurriendo, pero no lo suficiente como para comprenderlo del todo. Me di cuenta de que también él estaba intranquilo, aunque tampoco alcanzaba a explicarme el motivo.

-Casi es posible creer -continuó- que aún flota en el ambiente parte del espíritu de los tiempos antiguos -había entrecerrado los ojos, pero pude captar el brillo que desprendían-.

Es algo que afecta a la mente a través de la imaginación. En algunos casos puede llegar a alterar la propia perspectiva sobre la realidad. Arrastra consigo las almas hacia unas condiciones de existencia radicalmente distintas a las actuales que, prácticamente, debieron representar un estado de conciencia de otro orden.

Hizo una pausa y alzó la vista hacia nosotros.

-La intensidad de las creencias en aquellos tiempos era asombrosa -prosiguió, en vista de que ninguno de nosotros le contradecía-. Eso es algo que en el mundo de hoy en día no se puede encontrar en ninguna parte. Poseían una autenticidad y una solidez que... bueno, lo que quiero decir es que no se trataban de meras especulaciones teóricas. Es como si hubiera algo en el clima, en la posición exacta que ocupa esta franja de tierra en relación con las estrellas, en su «postura» con respecto al sol, que hiciera más sutil el velo que separa a la humanidad... de otras realidades. Como es bien sabido, las divinidades de su panteón no eran meros ídolos. Todos, los animales, los pájaros, los monstruos y cualquier otra cosa que quieran añadir, tipificaban fuerzas espirituales y energías que afectaban a su vida cotidiana. Pero lo fundamental es lo que *sabían.* Un pueblo científico como aquél no se traga cualquier superstición absurda. Eran capaces de fabricar colores que podían durar seis mil años, incluso al aire libre; y aun careciendo de instrumentos de precisión, medían con exactitud la precesión de los equinoccios; un cálculo enormemente difícil y complejo. ¿Ha estado en Denderah? -dijo de pronto, dirigiéndose a mí-. ¿No? Bueno, esas mentes que alcanzaron a comprender el significado de los signos del zodiaco, ¡cómo iban a creer que Hathor era una vaca!

Isley tosió. Iba a interrumpirle, pero antes de que pudiera encontrar las palabras adecuadas, Moleson volvió a la carga; en su tono de voz y en sus ademanes se apreciaba un rasgo nuevo que resultaba casi agresivo. Lo que dejaba entrever tras aquellas palabras iba mucho más allá de las meras insinuaciones. Hablaba con una convicción extraña y profunda. Parecía estar tratando de orillar alguna cuestión crucial que su compañero y él conocían, aunque creo que, en realidad, su verdadero propósito era comprobar hasta qué punto yo era vulnerable, hasta dónde llegaba mi identificación con ellos. En cualquier caso, aquella cuestión tan importante era algo que George Isley y él compartían. Tenía la impresión de que debía estar basado en algún tipo de conocimiento que les habría sido desvelado a través de sus experimentos.

-Piense en las grandes enseñanzas de Ajenatón, ese joven faraón que regeneró todo el país y lo condujo a una inmensa prosperidad. Predicaba el culto al sol, pero no al sol visible. Aquella deidad no tenía una figura, una forma. El gran disco de la gloria no era más que su manifestación; cada uno de sus rayos acababa en una mano que bendecía el mundo. Era el dios de la energía, del amor y del poder eternos y, sin embargo, los hombres tenían un acceso directo a él en su vida cotidiana, podían adorarlo al amanecer y al crepúsculo con la más intensa de las devociones. ¡No hallará en eso ningún asomo de esas mascaradas antropomórficas!

Sus palabras rebosaban entusiasmo. En ese mismo instante bajó la voz y su tono cambió imperceptiblemente. Seguía mirándome con los ojos entornados.

-Y otra cosa que sabían muy bien -dijo casi en un susurro-, es que con la precesión de su deidad a través de los cambios equinocciales, nuevos poderes descendían sobre el mundo de los hombres. Cada ciclo -cada signo zodiacaltraía consigo unos poderes específicos que rápidamente eran tipificados en las monstruosas efigies que hoy en día catalogamos en nuestros aburridos museos. Cada uno de estos signos empleaba cerca de dos mil años en

completar su trayecto. Pero lo verdaderamente importante es que cada uno de ellos traía aparejado un cambio en la conciencia humana. Existía una relación entre los cielos y el corazón humano. Todo eso sabían. Mientras el sol iba atravesando lentamente el signo de Tauro, adoraban al toro; cuando pasaba por Aries, sus símbolos de granito aparecían cubiertos con la figura del carnero. Entonces, como recordará, en un momento en que ellos, tras haber alcanzado su gran cenit se hundían ya en el ocaso, con la llegada de Piscis se produjo el Nuevo Advenimiento y se eligió al pez como emblema del cambio de poderes que encarnaba en la figura de Cristo. Porque, según creían, el alma humana se hace eco de los cambios que se producen en el inmenso viaje a través del zodiaco de la deidad primigenia de la que proviene y la clave de cualquier manifestación de vida se encuentra siempre en la vieja verdad de que «lo de abajo es reflejo de lo de arriba». Ahora que el sol está a punto de entrar en Acuario, nuevos poderes se ciernen sobre el mundo. Lo antiguo -lo que ha existido durante dos mil años- de nuevo se tambalea, decae *y* muere. A nuestra puerta llaman nuevos poderes *y* una nueva conciencia. Ha llegado la hora del cambio. También -y al decir aquello se echó hacia delante de tal modo que sus ojos me contemplaron desde muy cerca-, la hora de hacer que se produzca ese cambio. El alma puede elegir sus propias condiciones de vida. Puede...

Un repentino estruendo tapó el resto de la frase. Una silla había caído produciendo aquel estrépito al golpear contra el trozo de suelo que la alfombra dejaba al descubierto. Ignoro si Isley había tropezado con ella al ir a levantarse o si la había derribado a propósito. Lo único que sé es que se había levantado bruscamente y que, con la misma brusquedad, volvió a sentarse. Tuve la extraña sensación de que, de algún modo, aquello era una señal convenida de antemano. Fue algo demasiado repentino. Además, cuando habló, su voz me sonó forzada.

-Muy bien, me parece que ya se ha hablado bastante del tema, Moleson -le interrumpió con un tono desabrido-. ¿Qué tal si nos tocas una canción?

8

Habíamos subido a la habitación de Isley después de la cena, y hasta aquel súbito arrebato, había permanecido todo el tiempo sentado en una esquina sin apenas decir palabra. Moleson se levantó lentamente y se dirigió en silencio hacia el piano. Creí ver -¿o serían simplemente imaginaciones mías?- cómo una nueva expresión pasaba fugazmente por aquel rostro ajado. Estaba maquinando algo.

Desde ese preciso instante -desde el momento en que se levantó y cruzó la gruesa alfombra- me sentí fascinado por aquel hombre. La atmósfera que había creado su charla y sus historias permanecía. Sus finos dedos comenzaron a recorrer el teclado. Al principio, tocó diversos extractos de las comedias musicales que estaban en boga. Era una música bastante agradable, pero que no exigía que se le prestara excesiva atención; la oí sin escucharla. Tenía la mente en otras cosas: pensaba su forma de andar. La manera en que había recorrido aquel trecho de alfombra transmitía poder. Tenía un aspecto distinto, no era el mismo hombre de antes; había cambiado. Curiosamente -como aún ahora me ocurre a veces con Isley- me pareció más grande. A partir de entonces, de un modo que era a la vez cautivador y opresivo, la autoridad que emanaba de su presencia se apoderó de mi imaginación.

Abandoné mi asiento en el otro extremo de la habitación y me dejé caer en una silla que se encontraba más cerca del piano, junto a una de las ventanas. Entonces me di cuenta de que también Isley se había vuelto para mirarle. Pero no era exactamente el Isley que yo conocía, aunque aquel cambio más que verlo, lo sentí. Ambos habían sufrido una ligera transformación. Sus cuerpos parecían haberse expandido y su silueta se había difuminado.

Isley, tenso y preocupado, alzó la vista hacia el intérprete. La expresión de su cara ponía de manifiesto que su mente de otras épocas intentaba seguir aquella música ligera, pero que hacerlo le suponía una gran dificultad, un esfuerzo inmenso, casi un combate.

-Toca eso otra vez, ¿quieres? -se le oía decir de vez en cuando.

Trataba de apoderarse de esa música, de recuperar por medio de ella su ligazón con el presente, de aferrarse a una estructura mental que ya había desaparecido, de agarrarse a ella con todas sus fuerzas; todo para descubrir finalmente que hacía ya mucho tiempo que había caído en el olvido, que era demasiado frágil. Ya no le sostenía. Estoy convencido de que eso era lo que ocurría y de que había adivinado su estado de ánimo. Luchaba por reencontrarse a sí mismo tal y como había sido, pero todo era inútil. Le observé atentamente mientras permanecía sentado en aquella esquina envuelto en penumbra. El gran piano negro se interponía entre nosotros. Por encima de él asomaba la figura enjuta y medio velada de Moleson, balanceándose mientras tocaba. Por la habitación parecía flotar un débil susurro: «Estás en Egipto», decía. En ningún otro lugar del mundo habría prendido en nosotros con tanta facilidad ese extraño sentimiento lleno de premoniciones y presagios. Me daba cuenta de que a los tres nos embargaba una profunda emoción. Cualquier cosa que me recordara al presente, por nimia que fuera, me resultaba desagradable. Anhelaba un antiguo esplendor que ya había dejado de existir.

Tenía los cinco sentidos puestos en lo que estaba ocurriendo, porque había advertido que el comportamiento de Moleson respondía a un plan preconcebido y deliberado. Lo había sopesado todo cuidadosamente; y no era muy difícil imaginar el propósito que albergaba. Era Egipto lo que trataba de interpretar a través del sonido; expresaba algo que para él era verdadero para después observar cuál era su efecto, y mientras tanto, nos iba hábilmente conduciendo... hacia el pasado. Iniciaba el recorrido por el presente, ejecutaba la música con agudeza y convencimiento, y conseguía que las notas parecieran estar cargadas de significado. Poseía la habilidad de evocar un ambiente real y, en un principio, fue ese ambiente al que solemos denominar moderno. Reflejaba vívidamente el espíritu londinense; de las ramplonas melodías de los musicales, del nervio del *ragtime y* de la sensualidad del tango pasaba a los acordes más elevados de las salas de conciertos y de los círculos «cultos». Pero no lo hacía con brusquedad. Cambiaba de registro con suma destreza, y al hacerlo, cambiaban también nuestras emociones. Aunque interpretadas de una forma un tanto paródica, reconocí algunas de las grandes novedades del momento: las turbulencias de Strauss, la dulzura pagana del primitivo Debussy, las extravagancias y el éxtasis del metafísico Scriabin. Conseguía traer a aquel salón privado de un hotel situado en medio del desierto la amalgama del presente en sus dos extremos; y mientras, George Isley, que le escuchaba atentamente, se revolvía inquieto en su silla.

-Après-midi d'un faune -dijo Moleson con voz soñadora, cuando le pregunté qué había tocado-. Ya sabe, Debussy. Y lo anterior era del *Till Eulenspiegel;* Strauss, naturalmente.

Hablaba arrastrando las palabras y haciendo una pausa entre cada una de ellas, sin dejar en ningún momento de balancearse suavemente al compás de la música. No parecía prestar mucha atención a sus oyentes y en su voz se apreciaba no sé qué matiz que hacía que

aumentaran mi inquietud y mis temores. Isley me preocupaba. Tenía la sensación de que algo iba a ocurrir y de que era precisamente Moleson quien lo estaba provocando. Lo que su modo de andar revelaba de forma inconsciente, se manifestaba ahora conscientemente en su música; era algo que provenía de aquella parte de su personalidad que se hallaba oculta. Un hechizo, un sutil cambio, se iba extendiendo misteriosamente por la sala y, de paso, también por mi corazón. Mi capacidad para enjuiciar las cosas me abandonaba, era como si mi mente se deslizara hacia atrás y fuera perdiendo todas las referencias que le resultaban familiares.

-Tienen ese tono inequívocamente moderno, ¿verdad? -dijo Moleson, arrastrando las palabras-. Esa especie de agudeza -intelectual, supongo- ese ingenio superficial, nada que sea profundo o permanente, tan sólo el brillo sensacionalista de lo actual- se volvió hacia mí y, durante un instante, me miró a los ojos-. Nada *imperecedero* -añadió con un tono imponente-. Expresa todo lo que conoce... que no es mucho.

Mientras decía aquello la habitación pareció volverse más insignificante; una sombra mucho mayor que ella cubría ahora sus pequeñas paredes. A través de las ventanas se filtraba furtivamente un gesto de eternidad. La atmósfera se expandía visiblemente. En ese momento Moleson tocaba una parte espléndida *del Prometeo* de Scriabin. Sonaba pobre y banal. Aquella música moderna, toda ella, resultaba trivial y estaba completamente fuera de lugar. Era casi ridícula. De forma imperceptible la escala de nuestras emociones se revestía ahora de una profundidad cuyo nombre, por más que se busque, no se encontrará en ningún diccionario, pues pertenece a otra era. Miré las ventanas, donde enmarcadas por columnas de piedra, se distinguían oscuras vistas del grandioso Egipto, que allá afuera nos escuchaba. No había luna, pero suspendidos en el cielo resplandecían nutridos destacamentos de estrellas. Me sobrecogí al pensar en el misterioso conocimiento que aquel pueblo desaparecido tenía de aquellas estrellas y del inmenso viaje del sol por el zodiaco...

Entonces, con la pasmosa inmediatez de un sueño, una imagen se destacó sobre el cielo estrellado. Flotando entre el cielo y la tierra, vi pasar a gran velocidad un panorama de los majestuosos templos egipcios, encabezados por los de Denderah, Edfu, y Abú Simbel. De pronto se detuvo, se mantuvo inmóvil en el aire, y desapareció. Al desvanecerse dejó tras de sí una atmósfera de una solemnidad inconmensurable. La contemplación de algo tan vasto moviéndose por el aire pausadamente, pero con soltura, hizo que mi sentido de la medida se trastocara por completo. Traté de convencerme de que aquello no era más que un recuerdo que había adquirido una realidad objetiva debido a algo que la música había evocado, y sin embargo, no pude evitar pensar que, en breve, todo Egipto -Egipto tal y como había sido en el cenit de su irrecuperable pasado- comenzaría a desfilar por el cielo. Tras el tintineo de aquel piano moderno sonaba el rumor de una multitud en marcha, el pesado caminar sobre la arena de innumerables pasos... la percepción había sido extraordinariamente vívida. Había hecho que se detuviera algo que, por lo general, fluía dentro de mí. Cuando volví la cabeza hacia la habitación para hacer partícipes a mis compañeros de mi extraña experiencia, vi que los ojos de Moleson estaban fijos en los míos. La luz que desprendían me traspasaba, y comprendí que, de alguna manera, era él quien habían evocado aquella ilusión. En aquel momento Isley se levantó de su silla. Lo que había estado esperando vagamente parecía estar a punto de ocurrir. Justo entonces el intérprete decidió cambiar de música.

-Puede que ésta les guste más -susurró, como si hablara consigo mismo, pero con una especie de reverberación-. Es más apropiada para el lugar. -Su voz resonaba como si

emergiera de alguna cavidad subterránea-. La otra parece casi sacrílega... aquí. -Comenzó a arrastrar la voz, siguiendo el ritmo de las modulaciones más cadenciosas que ahora estaba tocando. Su sonido se había vuelto más opaco. Además, daba la impresión de que la música no provenía del piano, sino de él mismo.

-¿Lugar? ¿Qué lugar? -preguntó al instante Isley, volviendo repentinamente la cabeza mientras decía aquellas palabras. Su voz sonaba tan remota que me produjo escalofríos.

El músico se rió para sí.

-Lo que quiero decir es que este hotel no pinta nada en este lugar -susurró mientras atacaba las notas con suavidad y maestría-; y que, bien pensado, esto no es más que una mera fachada. Donde de verdad estamos es en el desierto. Los Colosos están ahí fuera, y todos los templos. O, al menos, así debería ser -añadió alzando bruscamente la voz y dirigiéndome una mirada.

Se irguió en su asiento y se quedó mirando fijamente al cielo estrellado por encima de los hombros de George Isley.

-¡*Eso* es a lo que cantamos *y* es ahí donde estamos! -exclamó con reveladora vehemencia; de inmediato su voz se alzó hasta convertirse en un rugido-. *Eso* -repitió-, es lo que arrebata nuestros corazones. -El volumen de su entonación era asombroso.

La forma en que había pronunciado aquella palabra ponía al descubierto la corriente secreta de su vida que se ocultaba tras esa capa externa de cinismo *y* de risas, *y* explicaba el porqué de su falta de corazón. También él vivía en cuerpo y alma en el pasado. «Eso» era más revelador que cientos de páginas llenas de descripciones. Su corazón vivía en las naves de los templos; su mente estaba ocupada en desenterrar un saber olvidado; su alma se había vuelto a revestir con la seductora gloria de la antigüedad. Animado de una existencia regenerada mágicamente, moraba en el esplendor reconstruido de lo que para la mayoría de la gente no es más que un montón de ruinas. George Isley y él habían resucitado un poder que los atraía hacia el pasado; pero mientras que el primero de ellos aún se resistía, el segundo ya había establecido allí su hogar permanente. La misma facultad que me había permitido ver la procesión de los templos hacía que viera también que aquello era absolutamente irreversible. El hombre que estaba sentado al piano se me mostraba en toda su desnudez. Ahora lo veía tal y como era. Ya no se ocultaba tras aquella máscara de burlas y risas sardónicas. Hacía tiempo que se había abandonado, que se había perdido, que se había marchado; y desde el lugar en que ahora habitaba su alma, observaba cómo George Isley se iba hundiendo para unirse con él. Vivía en el antiguo Egipto subterráneo. Aquel gran hotel se levantaba en un equilibrio precario sobre una finísima capa de desierto. En el exterior, casi al alcance de nuestras voces, se hallaban miles de tumbas, cientos de templos. Moleson se había fundido con «eso».

Aquella intuición, como las imágenes que había visto en el cielo, se me pasó por la cabeza como un relámpago; y ambas eran ciertas.

La nueva pieza que entretanto había empezado a tocar, poseía una fuerza arrolladora que no soy capaz de describir. Era sombría, majestuosa, solemne. Transmitía la misma fuerza que se apreciaba en su forma de andar. Parecía venir de muy lejos; pero su lejanía no era meramente espacial. En aquella música alentaba también el sentimiento de un tiempo muy remoto, acompañado de esa extraña tristeza y ese anhelo melancólico que suelen evocar los largos intervalos temporales. Se desplazaba a una gran distancia; sus estribillos recogían los ritmos de las multitudes que los siglos habían hecho enmudecer; sonaba como una canción, pero su canto discurría por pasadizos subterráneos cubiertos de múltiples capas de fina

arena que apagaban su sonoridad. A través de él retumbaban los suspiros de los vientos perdidos y errantes. El contraste que producía tras haber escuchado aquella otra música moderna y vulgar era devastador. Y, sin embargo, el cambio se había producido con toda naturalidad.

-En cualquier otro lugar sonaría vacío y monótono; en Londres, por ejemplo -oí que decía Moleson, arrastrando las palabras mientras se balanceaba de uno a otro lado-. Pero aquí suena grandioso y espléndido... verdadero. ¿Oyen lo que les digo? -añadió con gravedad-. ¿Lo entienden?

-¿Qué es? -preguntó Isley con voz sorda, antes de que yo pudiera abrir la boca-. No lo recuerdo bien. Al oírlo me entran ganas de llorar... no sé si podré soportarlo. -El final de su frase apenas si llegó a salir de su garganta.

Mientras le contestaba no era a él a quien miraba Moleson. Era a mí.

-Deberías saberlo -respondió con una voz que parecía oscilar siguiendo el ritmo de la música-. No es la primera vez que lo escuchas; es ese cántico del ritual que nosotros...

Isley se puso de pie de un salto y le detuvo. No oí el final de la frase. Como una exhalación se me pasó por la cabeza la idea de que las voces con las que hablaban no eran las suyas. Por más descabellado que pueda sonar, imaginé que á quienes estaba oyendo era a los dos Colosos, cantándose el uno al otro al amanecer. Los más extravagantes pensamientos cruzaban por mi mente. Parecía como si esos símbolos eternos del cosmos, descubiertos y adorados en aquella antigua tierra, hubieran cobrado una espantosa vida. Mi conciencia se había vuelto envolvente. Tenía la inquietante sensación de que las edades se habían salido de su sitio y me llevaban consigo; me dominaban; me hacían perder pie y me arrastraban en su corriente. Tiraban de mí hacia atrás. También yo cambiaba... aquello me estaba cambiando.

-Ahora lo recuerdo -dijo suavemente Isley. En su tono se apreciaba la adoración de un devoto y, no obstante, denotaba también angustia y tristeza; había dejado que el presente le abandonara del todo, y al comprobar cómo las últimas ataduras que le ligaban a él se rompían, sentía dolor. Imaginé que oía cómo su alma pasaba delante de mí y se alejaba sollozando hacia las profundidades.

-La cantaré -susurró Moleson-, necesita voz. ¡El sonido y el ritmo son absolutamente gloriosos!

9

Inmediatamente comenzó a entonar una serie de cadencias largas y arrastradas que parecían contener los sonidos primigenios de todas las lenguas que alguna vez habían existido en el mundo. El hechizo que entonces se apoderó de mí se podía tocar y palpar. Estaba atrapado en una tela de araña; tenía los pies *y* los brazos enredados *y* un velo de finos hilos se entretejía en torno a mis ojos. La fuerza cautivadora de aquel ritmo imprimía a mi alma una especie de movimiento mágico. A mi alrededor, próxima y lejana a un tiempo, la vida comenzaba a palpitar en las moradas de los muertos y en los corredores de las colinas de hierro. Tebas estaba en pie y Menfis florecía a orillas del río. El mundo moderno se tambaleaba y caía ante aquel sonido que restauraba el pasado; y era precisamente en aquel pasado donde los dos hombres que estaban delante de mí vivían y tenían su verdadero ser. Las tormentas de la vida presente pasaban flotando sobre sus

cabezas, mientras ellos habitaban bajo tierra, desdibujados, perdidos. Montados en aquella ola de sonido descendían hacia el reino que habían recobrado.

Me puse a temblar, me revolví con violencia e hice ademán de levantarme, pero al instante volví a dejarme caer, resignado e impotente. Según parecía, el mero hecho de estar con ellos bastaba para que quedara sujeto a los mismos términos que regulaban su extraña cautividad. Mis pensamientos, mis sentimientos, mi propia perspectiva de las cosas, habían sido transferidas a algún otro lugar. Incluso mi conciencia se estaba transformando. Veía las cosas bajo otro prisma... el prisma de la antigüedad.

Una vez que el presente cayó en el olvido y el pasado reinó soberano, perdí todo sentido de la Realidad. La habitación se convirtió en una diminuta imagen en una gota de agua, mientras el mundo subterráneo, transformado en algo inmenso, la reemplazaba. Mi corazón comenzó a latir siguiendo el ritmo lento y majestuoso de algo que había existido en unos tiempos muy lejanos. Todas las dimensiones crecieron; quedé atrapado en unas medidas colosales y las magnitudes se volvieron tan monstruosas que borraron de un plumazo todo sentido de la proporción. Una mano resplandeciente como el sol me agarró y me depositó en aquella telaraña temblorosa junto a mis dos compañeros. Oí el crujido de los hilos al reajustarse tras recibir mi cuerpo; oí el sonido de pies que se arrastraban por la arena; oí los susurros que provenían de las moradas de los muertos. Escuché sus voces en las oscuras cámaras excavadas en la roca. Las antiguas galerías habían despertado. La vida de unas edades olvidadas se congregaba a mi alrededor formando turbulentas multitudes.

La realidad de una experiencia tan increíble se evapora al tratar de expresarla mediante el fluir del lenguaje. Sólo puedo dar fe de una cosa verdaderamente singular: incluso el conocimiento más profundo y más satisfactorio que el Presente pueda ofrecernos palidecía al lado de la robusta majestad del Pasado que le había usurpado su puesto por completo. Aquella habitación moderna que contenía un piano y dos figuras humanas del Presente, parecía una miniatura ridícula prendida de una inmensa cortina transparente, tras la cual se vislumbraba, en un primer plano, una multitud de símbolos de templos, esfinges y pirámides, pero que al fondo, se abría a un esplendoroso paisaje de un magnífico color gris donde las ciudades de los Muertos se sacudían la arena y abarrotaban todo el espacio hasta más allá de donde alcanzaba la mirada.

...Las estrellas, el universo todo, lleno a rebosar de una vida palpitante, se integró en aquella nueva realidad. Sentí pasar de largo vastos períodos de tiempo... Me parecía estar viviendo hace milenios... Vivía hacia atrás...

El tamaño y la eternidad de Egipto se apoderaron de mí con toda facilidad. Su abrumadora grandeza echaba por tierra todos los parámetros del presente. El paisaje entero se elevaba, se ponía en pie. El desierto se erguía, los propios horizontes se levantaban; majestuosas figuras de granito descollaban por encima del hotel, grandiosos rostros se cernían un momento en el aire y pasaban flotando, gigantescos brazos se estiraban para arrancar las estrellas y colocarlas en los techos de laberínticas tumbas. De cada una de aquellas ruinas brotaba el colosal significado de aquella venerable tierra... reconstruido... lleno de ardiente vitalidad.

Finalmente no pude resistirlo más. Estaba deseando que aquel zumbido cesase, que disminuyera el prodigioso empuje de aquel ritmo. Mi corazón pedía a gritos que regresara el resplandor dorado del sol iluminando el desierto, el dulzor de la brisa a orillas del río, los reflejos color violeta sobre las colinas al amanecer. Me resistí, hice un esfuerzo para re-

gresar.

-¡Tu salmodia es espantosa! ¡Por Dios, toca una canción árabe... o algo de música moderna!

El esfuerzo fue intenso, el resultado... nulo. Puedo asegurar que aquéllas fueron exactamente mis palabras. Aunque probablemente nadie más lo oyera, yo sí que pude oír el sonido de mi propia voz, pues recuerdo muy bien el desaliento que sentí al comprobar cómo aquel inmenso espacio se lo tragaba, convirtiendo lo que había sido un volumen considerable en un mero susurro, similar al grito de un pájaro o de un insecto. En cualquier caso, la figura a la que había tomado por Moleson, en vez de responderme o darse por aludida, se limitó a crecer y a crecer como ocurre a veces en los cuentos de hadas. Eso es todo lo que sé, que nadie me pida que lo explique. Aquella parte de mí que empequeñecía y se limitaba a observar lo que ocurría a su alrededor registró aquel efecto extraordinario como si fuera algo perfectamente natural... Moleson estaba creciendo de forma espectacular.

Inmediatamente, la enorme fuerza de aquel hechizo entró en acción. Experimenté el gozo del más absoluto abandono y el terror de ver partir todo lo que hasta entonces me *había* parecido real. Comprendí la risa fingida de Moleson y la sutil resignación de Isley. Una idea sorprendente pasó volando como un pájaro por mi conciencia alterada: para que se produjera aquella resurrección en el Pasado, para que tuviera lugar aquel renacimiento del espíritu al que aspiraban, era necesario que cada uno de ellos adoptara por turnos la forma de aquellos antiguos símbolos. Al igual que el embrión va englobando cada etapa de la evolución que le precede antes de alcanzar la forma humana, las almas de aquellos dos aventureros adoptaban los distintos emblemas de aquella apasionada creencia. El adorador devoto adopta las cualidades de su deidad. Su caracterización de toda la serie completa de las deidades del mundo antiguo era tan verídica que yo mismo podía percibirlas e incluso llegar a objetivarlas sensorialmente. El presente no era para ellos más que un estado prenatal; para entrar en el pasado tenían que volver a nacer.

Pero aquella espantosa transformación no afectaba tan sólo al semblante de Moleson. Ambos rostros, agrandados hasta alcanzar la prodigiosa escala propia de todo lo egipcio, producían una sensación mareante encerrados en aquella pequeña habitación moderna. El símil del espejo deformante no permite hacerse una idea de ello, ya que la proporción entre las distintas partes no se veía alterada. Perdí de vista sus fisonomías humanas, pero pude ver sus pensamientos, sus sentimientos y sus corazones agigantados y transformados; todo lo que Egipto ponía en ellos mientras les iba sustrayendo el amor por la vida moderna. Poco a poco fueron adquiriendo una abominable majestad que era enorme, misteriosa e inmóvil como las piedras.

El estrecho rostro de Moleson tomó primero la apariencia de un halcón, a semejanza del siniestro dios Horus. Había sufrido una dilatación tan enorme que descollaba por encima del piano haciéndolo parecer de juguete. Era un rostro afilado, malévolo, monstruoso, ávido de presas; cada uno de sus brillantes ojos despedía unos destellos tan vertiginosos como los del sol al amanecer. La forma general que presentaba la silueta de George Isley, igualmente inmensa, resultaba aún más majestuosa si cabe. La amplitud de sus hombros hacía pensar en la Esfinge y su semblante evocaba el inescrutable poder de las hieráticas imágenes cultuales de los templos. Éstas fueron las primeras manifestaciones de aquella posesión, pero no tardarían en seguirles otras. En rápidas series, como transparencias proyectadas en una pantalla, los antiguos símbolos pasaban como una exhalación por aquellos dos rostros humanos agigantados y luego desaparecían. Era imposible zafarse de

aquello. Las sucesivas marcas parecían superponerse como si fueran fotografías compuestas; cada una de ellas aparecía y se desvanecía antes de que fuera posible reconocerlas, de modo que para interpretar aquella alquimia interna tenía que recurrir a ciertos signos externos con los que mis sentidos estaban más familiarizados. Egipto, al poseerlos, se expresaba a través de su aspecto fisico de esa forma tan maravillosa, recurriendo a los símbolos de su intenso poder regenerativo...

Los cambios se fundían con tal rapidez que apenas podía captar ni la mitad de ellos; pero, finalmente, aquella procesión culminó en una sola imagen que se quedó impresa en sus rostros con una fijeza espantosa. Todas las series se fusionaron. Me di cuenta de que esa imagen reunía en sí a todas las demás en una síntesis que transmitía una sensación de sublime reposo. Aquella cosa gigantesca se alzaba formando una increíble estatua. El espíritu de Egipto, sintetizado en aquel símbolo monstruoso, los había eliminado. Vi las efigies sedentes de los adustos Colosos; medio hundidos en la arena, cubiertos por la noche, esperando el amanecer...

10

En aquel momento hice un supremo esfuerzo por recuperar mi identidad; un esfuerzo para concentrar mi mente en el presente. Y al tratar de buscar algún rasgo de Moleson y de George Isley, por pequeño que fuera, comprobé que no encontraba ninguno. De la imagen tan familiar de mis dos compañeros no quedaba ni rastro.

Durante un instante lo vi todo con la misma claridad con que veía aquel pequeño y ridículo piano. Pero el instante se prolongó; la Eternidad de Egipto permanecía. Aquella solitaria y formidable pareja había agachado los hombros e inclinado sus espantosas cabezas. Estaban en la habitación. Las frágiles estructuras de los dos adoradores humanos reflejaban la imagen del poder de aquel Pasado imperecedero. La habitación, las paredes, el techo, habían desaparecido. Las arenas y el cielo abierto los habían reemplazado.

Con los ojos a punto de salírseme de las órbitas contemplé a aquellos dos titanes que se alzaban el uno junto al otro. Y como un niño que desde el suelo de su cuarto tiene que hacer frente a sus propios gigantes, me quedé petrificado, incapaz de moverme o de pensar. No podía dejar de mirarlos. Me destrozaba la vista intentando descubrir a los dos hombres con los que estaba familiarizado, pero lo único que encontraba era aquella visión simbólica. No se distinguía con claridad. Sus rostros habían sufrido una dilatación formidable, sus facciones se perdían en aquella insólita magnitud; los hombros, los cuellos y los brazos se extendían inmensos por el espacio. Les ocurría lo mismo que al desierto, conservaban cierta fisonomía, pero carecían por completo de expresión individual; todo rasgo humano se desdibujaba completamente en aquella masa de piedras resquebrajadas. No pude distinguir ni las mejillas ni la boca ni las mandíbulas; tan sólo unos ojos cuarteados y unos labios de granito partidos. Inmenso, inmóvil y misterioso, Egipto les iba moldeando y se los llevaba consigo. Y entre ellos y yo, en una extraña perspectiva, se encontraba ese absurdo símbolo del presente: un piano. Aquello era atroz. Durante un segundo supe lo que era sentir un horror inconmensurable. Todo mi cuerpo se estremeció. Me atravesaban oleadas de frío y de calor. Las fuerzas me abandonaron, y junto a ellas, la capacidad de hablar y de moverme; era como si me encontrara en un estado de absoluta parálisis.

Además, aquel hechizo no afectaba solamente a la habitación, sino que se extendía

también al exterior, estaba en todas partes. El Pasado se agolpaba contra los propios muros del hotel. Todas las lejanías, espaciales o temporales, se aproximaban. Aquella salmodia convocaba a aquellos titanes en todo su antiguo esplendor. Un mar de sombras se agrupaba sobre las arenas a nuestro alrededor. Advertí que aquel poderoso ejército, sin hacer ningún ruido, cambiaba constantemente de posiciones: las pirámides se remontaban hacia el cielo; las deidades pétreas adoptaban una postura vigilante; los templos, con la misma solemnidad que debieron tener en la noche de los tiempos, se alineaban en toda su prístina belleza; y la silueta de la Esfinge, inmóvil pero amenazadora, se erguía en el aire. Una inmensidad llamaba a otra.

...Transcurrían vastos intervalos de tiempo y las distancias eran enormes, pero sin embargo todo sucedía en un mismo instante y dentro de un espacio muy reducido. Todo aquello estaba ocurriendo aquí y ahora. La eternidad susurraba en cada segundo, en cada grano de arena. Captaba múltiples detalles de un golpe, pero en realidad tan sólo era consciente de una cosa: tenía frente a mí al espíritu del antiguo Egipto, representado en aquellas dos formidables figuras, *y* mi conciencia expandida, con gozo *y* dolor a un tiempo, era capaz de abarcarlo todo, del mismo modo que Aquel espíritu nos incluía a mis compañeros... y a mí.

Porque yo también guardaba cierto parecido con ellos. Un símbolo menor, aunque de un tipo similar, también me había poseído. Traté de moverme, pero tenía los pies encajados en una piedra; mis brazos estaban inmovilizados; mi cuerpo entero se hallaba empotrado en una roca. La arena se estrellaba violentamente contra mí, arrastrada hacia arriba en pequeños remolinos por un viento helador. Aunque no sentía nada, podía oír el tamborileo de los granos que chocaban desperdigados contra mi cuerpo endurecido...

Esperábamos la llegada del alba, cuando se produciría la resurrección de la inmutable deidad que era la fuente y la inspiración de toda nuestra gloriosa vitalidad... Soplaba un aire cada vez más fresco y penetrante. En la lejanía, una franja rosada de cielo pasaba al violeta y al oro; pronto una delicada luz rosácea se extendió por el desierto. En las alturas, el pálido brillo de las pocas estrellas aún visibles se iba desvaneciendo y el viento que anunciaba el amanecer comenzaba a levantarse. La tierra entera se detenía, esperando la llegada de su poderoso Dios...

En medio de aquella pausa se escuchó un curioso sonido que, al parecer, debíamos estar esperando, pues no me produjo ninguna sorpresa. En un primer momento hubiera jurado que era George Isley que se había unido al canto de su compañero. Tras aquel volumen atronador resonaban, aumentadas de manera prodigiosa, las mismas notas y ritmos que antes había escuchado. Si en un principio había sido la salmodia de Moleson la que había despertado aquella voz, era ahora ella quien cantaba desde la lejanía de forma autónoma. Las resonantes vibraciones de aquel canto habían alcanzado las profundidades donde dormía. Ahora, *ambas* cantaban al unísono. Era la voz de Egipto lo que oía. Se distinguía en aquella voz el rugir ronco de un millar de tambores, como si el propio desierto estuviera articulando aquellas portentosas sílabas. Mientras la escuchaba, sentía que mi corazón de piedra se paraba. Las dos voces sonaban en el cielo. Sostenían un majestuoso diálogo a medida que iba amaneciendo:

«Qué fácil nos es seguir siendo los señores de esta tierra...

...mientras los siglos pasan rugiendo sobre nosotros y se desvanecen.»

Las palabras iban brotando con suavidad y llenas de poder, aunque con un sonido retumbante como si salieran de las profundidades de una caverna.

«Nuestro silencio ha sido perturbado... Marchamos con la multitud hacia el Oriente... Al amanecer, inmóviles, cantamos la sabiduría del mundo antiguo... Nuestro discurso se oirá, mas no con los oídos de la carne. Al alba nuestras palabras brotan y recorren inmensidades de tiempo y de arena, atravesando la luz del día... Al crepúsculo, con alas de águila, regresan de nuevo a nuestros labios de piedra... Cada siglo, una sílaba, sin que aún se haya completado ni una sola frase. Entretanto, nuestros labios se van quebrando al pronunciarlas...»

Mientras escuchaba desde mi lecho de arena, me pareció que horas, meses e incluso años pasaban junto a mí. Los fragmentos de su discurso se perdían en la distancia y después volvían a sonar muy cercanos. Era como si por encima de las nubes los picos de las montañas hablaran entre sí. Un viento atrapaba aquel rugido sordo y se lo llevaba. Y otro viento volvía a traerlo... Entonces, durante un instante vacío que pareció durar años y que transmitía de una forma espectacular el paso de largos períodos de tiempo, pude oír su discurso con más claridad. La lenta declamación de aquella voz grandiosa se propagó por todo mi ser como un torrente:

«En soledad esperamos, observamos, y escuchamos. Nuestros ojos nunca se cierran. La luna y las estrellas navegan sobre nosotros y nuestro río alcanza el mar. Traemos eternidad a vuestras vidas fragmentadas... Vemos las pequeñas líneas de acero que tendéis sobre nuestro territorio, ocultas tras una fina nube de humo blanco. Oímos el silbido de vuestros mensajeros de hierro propagarse por el aire... Las naciones se alzan y caen. Los imperios marchan en un revuelo hacia Occidente y perecen... El sol se va haciendo viejo y las estrellas palidecen... Los vientos alteran la línea del horizonte y nuestro río cambia su lecho. Pero nosotros permanecemos; inalterables, imperecederos. De agua, de arena y de fuego es nuestro ser esencial, construido en el seno de la atmósfera del universo... No hay pausa en la vida, no hay ruptura en la muerte. Los cambios no conocen final. El sol regresa... La resurrección es eterna... Mas nuestro reino permanece bajo tierra entre las sombras, ajeno a la brevedad de vuestro día. ¡Venid! ¡Venid! Los templos siguen repletos y nuestro Desierto os bendice. Nuestro río os hace perder pie. Nuestra arena os purificará y arderéis dulcemente en el fuego de nuestro Dios hasta alcanzar la sabiduría ... Venid, pues, y adorad, la hora se acerca. Amanece...»

Las voces se fueron extinguiendo en las profundidades, apagadas por las arenas de los siglos, mientras el encendido amanecer del Oriente se extendía rápidamente por el cielo. La salida del sol, el gran símbolo de la perpetua resurrección de la vida, estaba a punto de producirse. A mi alrededor, envuelta en sombras, se desplegaba toda la inmensidad del antiguo Egipto, esperando ansiosamente la llegada del momento de la adoración. Desprovistas ya del terrible y severo esplendor de su largo abandono, aquellas efigies se alzaban erguidas en toda su arrebatada grandeza como un bosque de majestuosas piedras; los labios de granito entreabiertos, los ancianos ojos dilatados. Todos estaban de cara al oriente. Y el sol se iba aproximando al borde del Desierto que aguardaba expectante.

11

No sentía ninguna emoción, al menos no lo que *yo* entiendo por emoción. Si es que experimenté algo fueron los secretos primordiales de dos sensaciones muy primitivas: el gozo y el sobrecogimiento. El brillo de la mañana se difundía con rapidez. El día llegaba

bañado en oro, como si las arenas de Nubia derramaran su fulgor sobre cada partícula de luz; lleno de gloria, como si el reflujo de la marea estelar vertiera su espuma luminosa sobre la tierra; y lleno de pasión, como si las creencias de todas las edades del mundo regresaran flotando con abandono... hacia el núcleo del sol. Las ruinas de Egipto se fundían para crear un único templo de una inmensidad primigenia cuyo suelo era el desierto desnudo, pero cuyos muros se elevaban hacia las estrellas.

De pronto, el canto y los ritmos cesaron; se hundieron bajo tierra. Las arenas les hicieron enmudecer. Y el sol bajó la vista para contemplar su antiguo mundo...

Me sentí invadido de una calidez radiante y descubrí que de nuevo podía mover mis extremidades. Un flujo de exaltación vital recorría mi cuerpo de piedra. Durante una milésima de segundo oí la lluvia de partículas arenosas que chocaban contra mí, como si se tratara de arena levantada por una ráfaga de viento; aunque en esta ocasión sí que sentí cómo se me clavaban en la piel. Pero el instante pasó. El calor sofocante me empapaba de sudor de los pies a la cabeza mientras mi conciencia recobrada me permitía darme cuenta de que mi insensibilidad pétrea daba paso a una vuelta de la sangre y de la carne. El sol había salido... Yo estaba vivo, sí, pero... transformado.

Creo que entonces abrí los ojos. El alivio que sentí fue inmenso. Me di la vuelta y aspiré una profunda bocanada de aire fresco; estiré una pierna sobre una gruesa alfombra verde. Algo me había abandonado, y otra cosa había regresado conmigo. Me retrepé en mi asiento, embargado de la reconfortante sensación de quien se sabe libre y a salvo.

El final llegó de forma violenta y desordenada. Me encontré a mí mismo, *y* a Moleson, *y* también a George Isley. Sin que yo lo hubiera advertido, este último había sufrido un cambio dentro de la propia habitación. Isley se había elevado, y desde su altura, se precipitó hacia donde yo estaba. Vi que movía los brazos. De debajo de sus manos pareció brotar una llamarada; entonces me di cuenta de que estaba dando las luces. Se fueron encendiendo en distintos lugares de la habitación: a lo largo de las paredes, en la hornacina, junto al escritorio y, finalmente, una de ellas, que se encontraba en un estante situado justo encima de donde yo estaba, me deslumbró. Me hallaba de nuevo en el Presente, rodeado de todos aquellos objetos modernos.

Mientras que la mayoría de los detalles se fueron presentando de forma gradual a mis sentidos recién recobrados, el regreso de Isley vino acompañado de ese extraño efecto de distancia y velocidad; el impacto que aquello me produjo fue terrible. Había caído desde la altura de su inmenso tamaño. Tuve la sensación de que venía lanzado hacia mí. En cuanto a Moleson, él simplemente estaba «ahí»; a diferencia de lo que ocurría con su compañero no daba la impresión de haber sufrido un cambio súbito y veloz. Permanecía inmóvil junto al piano, con sus largas y finas manos extendidas sobre el teclado, pero sin llegar a tocarlo. Isley, en cambio, había caído como un rayo en la pequeña habitación y en sus facciones alteradas se apreciaban todavía signos de la monstruosa posesión que había sufrido. En la mirada de sus ojos rehundidos se confundían el combate y la devoción. Sus labios, aunque de manera un tanto forzada, esbozaban una sonrisa. Sentí un escalofrío al advertir con toda claridad cómo se iba desprendiendo de su rostro aquella sensación de inmensidad, igual que se desprenden las sombras de los cortados de un acantilado. Todas las proporciones parecían estar espantosamente mezcladas. La fuerza descomunal que había vuelto a reabsorber su ser se replegó lentamente hacia el interior. Isley parecía haberse derrumbado. Por las mejillas quemadas por el sol de aquel rostro ajado vi resbalar una lágrima.

Durante un instante me embargó un sentimiento de intensa repulsión. El presente se me

aparecía a los ojos cubierto de harapos. La reducción de escala resultaba terriblemente dolorosa. Suspiraba por aquel esplendor perdido que, no obstante, parecía hallarse todavía misteriosamente próximo. La vulgaridad de aquella habitación de hotel, la chillona fealdad de su decoración, la bajeza de los ideales que gobernaban la vida del presente -donde la utilidad suplanta a la belleza y la ganancia prima sobre la devoción- unido al hecho de que mis compañeros parecieran haber disminuido hasta alcanzar el tamaño de unas ridículas marionetas, me producía un dolor tan intenso que, en un primer momento, no creí que fuera capaz de soportarlo. Me fijé en el reloj que se destacaba sobre el mantel de la mesa, iluminado por el resplandor de las luces, marcaba las once y media de la noche. Moleson había estado dos horas al piano. La recuperación de mi facultad de medir completó mi sensación de desengaño. Sí, me encontraba de regreso entre los objetos del mundo moderno. Volvía a ser un prisionero del espíritu maquinal del Presente.

Durante un largo intervalo de tiempo ninguno de nosotros se movió o abrió la boca para decir algo; el cambio repentino nos tenía confundidos; habíamos saltado desde las alturas, desde la cúspide de una pirámide, desde una estrella... y al chocar contra el suelo nuestros pensamientos se habían desperdigado por todas partes. Lancé una mirada furtiva a Isley, mientras mi mente se interrogaba distraídamente cómo era posible que siguiera allí. Una expresión resignada había sustituido a la energía que antes desprendiera su rostro; se había limpiado la lágrima. Ahora no se apreciaba combate alguno en él, no había ningún indicio de resistencia, tan sólo abandono; tenía un aspecto insignificante. El verdadero George Isley estaba en otra parte: su yo más auténtico no había regresado.

Torpemente, como si avanzáramos a empellones, fuimos superando sucesivas etapas hasta que, por fin, los tres regresamos de nuevo a la realidad cotidiana. De pronto, volvíamos a hablar como si nada hubiera pasado; haciéndonos preguntas los unos a los otros y respondiéndolas, encendiendo cigarrillos y todo ese tipo de cosas. Moleson tocaba unos acordes bastante vulgares en el piano mientras se recostaba con desgana en su silla, salpicando de vez en cuando la música con algunas frases, y dando conversación a cualquiera que estuviera dispuesto a hacerle caso. Isley cruzó lentamente la habitación, se acercó a donde yo estaba, y me ofreció tabaco. En el intenso bronceado de su rostro se descubrían profundas sombras. Parecía agotado, exhausto, como un soldado curtido en mil batallas.

-¿Te ha gustado? -oí que me preguntaba con un hilo de voz. Su tono no demostraba ningún interés, carecía de expresividad; no era el verdadero Isley quien hablaba, no era más que aquel fragmento de su persona que había regresado. Sonreía como un verdadero autómata.

Cogí mecánicamente uno de los cigarrillos que me ofrecía, mientras pensaba confusamente qué respuesta le podía dar.

-Es irresistible -susurré-. Comprendo que resulte más sencillo partir.

-Y también más dulce -me respondió con un suspiro- ¡Y tan maravilloso...!

12

Me fijé en la mano que me daba fuego; estaba temblando. De repente sentí dentro de mí un deseo de hacer algo violento, de realizar un movimiento brusco, de empujar o tirar algo.

-¿Qué ha sido todo esto? -pregunté abruptamente, alzando la voz en un tono casi

desafiante, con la intención de que me oyera el hombre que se sentaba al piano-. Cómo se ha atrevido a hacer semejante experimento... con otras personas... sin haberles pedido previamente permiso... Me parece algo intolerable.. es...

Fue el propio Moleson quien respondió. Pasó por alto el final de la frase como si no lo hubiera oído. Se acercó con aire despreocupado hasta donde nos encontrábamos, sosteniendo en la mano un cigarrillo al que daba cuidadosamente forma entre sus finos dedos.

-Pregunte cuanto quiera -respondió tranquilamente-, pero explicarlo no es tan sencillo. Lo descubrimos -y con un gesto de la cabeza señaló hacia Isley- hará dos años en el Valle. Estaba caído junto a un sacerdote que tenía todas las trazas de haber sido un personaje muy importante. Formaba parte del ritual que se utilizaba para la adoración del sol. En el museo (puede verlo cuando quiera en el Boulak) lo han catalogado simplemente con una etiqueta que dice «Himno a Ra». Pertenece al período de Ajenatón.

-Las palabras sí -apuntó Isley que escuchaba atentamente.

-¿Las palabras? -repitió Moleson con un extraño tono de voz- No hay palabras. En realidad todo consiste en una manipulación de diversos sonidos vocálicos. Y en cuanto al ritmo, la salmodia o como quiera llamarlo, yo mismo la compuse. Sabe, los egipcios no escribían su música. -De repente se puso a estudiar mi rostro durante un instante con ojos escrutadores-. Cualquier palabra que haya oído o haya creído oír habrá sido producto de su propia interpretación -añadió.

Me le quedé mirando fijamente sin responderle.

-En sus rituales se servían de lo que llamaban una «lengua raíz» -prosiguió- que estaba compuesta enteramente de sonidos vocálicos. No había consonantes. Verá, los sonidos vocálicos tienen un fluir ininterrumpido, carecen de principio o de fin, mientras que las consonantes interrumpen ese flujo, lo rompen y lo limitan. Las consonantes carecen de sonido propio. El verdadero lenguaje es un continuo.

Nos quedamos un rato fumando en silencio. Comprendí entonces que lo que había hecho Moleson se basaba en unos conocimientos muy sólidos. Era la versión de un fragmento de un ritual antiguo que Isley y él habían desenterrado, cuyo efecto, bien conocido ya con respecto al primero, quería probar en mí. Tenía la impresión de que sólo de esa manera cabía explicarse los espectaculares resultados que había obtenido conmigo.

En la fe y en la poesía de una nación reside la vida de su alma; y era precisamente la descomunal fe de Egipto lo que latía tras el ritmo de aquel canto monótono e interminable. Tenía sangre, nervio, corazón. Millones de personas lo habían oído cantar; millones habían llorado, rezado y suspirado al escucharlo; la pasión de aquella civilización prodigiosa, que veneraba a la divinidad solar y aún seguía viva aunque permaneciera oculta bajo tierra, le había insuflado su propia alma. Aquel cántico hacía que brotara la majestuosa fe del antiguo Egipto; ese desarrollo formidable y apasionado de todos los aspectos relacionados con la vida de ultratumba y con la Eternidad que constituía el eje de la existencia en aquellos tiempos grandiosos. Durante siglos inmensas multitudes, guiadas por el sacerdocio regio, habían entonado ese mismo ritual, esas mismas fórmulas; lo habían creído, lo habían vivido y sentido. La salida del sol seguía siendo su momento culminante. Sus grandes símbolos en ruinas seguían impregnados de aquel poder espiritual. La fe de una civilización sepultada había vuelto a prender en el presente, y también en nuestros corazones.

Un extraño respeto por el hombre que había sido capaz de producir semejante efecto sobre dos mentes modernas se fue apoderando de mí y se mezcló con la repulsión que a su vez me producía todo aquello. Lancé una mirada furtiva a aquel rostro arrugado y reseco.

Todavía conservaba algún rastro desdibujado y borroso de lo que, hasta hacía un momento, había llevado dentro de sí. Sus mejillas contraídas tenían cierta apariencia pétrea. Me dio la impresión de que era más pequeño. Parecía haber menguado. Seguía pensando en él tal y como había sido hacía un rato, cuando aún estaba aprisionado en los grandes captores de piedra que le habían poseído...

-Tiene un poder tremendo... un poder espantoso -tartamudeé, más por romper aquel silencio opresivo que por deseo de hablar con él-. Hace que reviva Egipto -el antiguo Egipto- de una forma extraordinaria, lo introduce en los corazones. -Las palabras salían de mis labios de forma casi espontánea. Aunque no era consciente de ello hablaba en voz muy baja. Estaba sobrecogido. Isley se había alejado de mí y se había acercado a la ventana dejándome cara a cara con aquella extraña encarnación de unos tiempos pretéritos.

-No podía ser de otra manera -replicó; sus ojos brillaban aún con un oscuro resplandor-; contiene en sí el alma de los tiempos antiguos. Dudo que alguien, tras escucharlo, pueda seguir siendo la misma persona. Verá, expresa la pasión y la belleza esenciales de aquel culto gozoso, de esa fe espléndida; el culto razonable e inteligente del sol, la única creencia científica que ha conocido el mundo. Naturalmente, en su vertiente popular había grandes dosis de superstición, pero en su versión sacerdotal -es decir, en la que practicaban los sacerdotes- que comprendían la relación existente entre el color, el sonido ylos símbolos, era...

Se interrumpió súbitamente, como si aquello fuera algo que se estuviera contando a sí mismo. Nos sentamos. A nuestra espalda, George Isley, asomado a la ventana, contemplaba la noche sin luna.

-¿Ha probado sus efectos... sobre otros? -le solté a bocajarro.

-Los he probado sobre mí -respondió de manera cortante.

-He dicho sobre otros -insistí.

-Sobre otro... sí -reconoció.

-¿Intencionadamente? -mientras hacía aquella pregunta sentí estremecerse algo dentro de mí.

Se encogió ligeramente de hombros.

-No soy más que un arqueólogo especulativo -sonrió- y... bueno, un egiptólogo con algo de imaginación. Tengo el deber ineludible de reconstruir el pasado para que aparezca vivo a los ojos de los demás.

Me entraron ganas de abalanzarme sobre su cuello.

-Como es natural, usted sabía perfectamente el efecto mágico que con toda seguridad -o al menos con toda probabilidad- tendría, ¿no es así?

Me miró fijamente a través del humo de su cigarrillo. A día de hoy sigo sin saber qué había en aquel hombre que me producía escalofríos.

-Yo no estoy seguro de nada -replicó con voz suave-, pero considero que es perfectamente legítimo probar. En cuanto a ese adjetivo que usted ha utilizado, «mágico»; no tiene ningún sentido para mí. Si algo así existe no es en realidad más que conocimiento científico, olvidado o aún por descubrir. -Mientras hablaba sus ojos despedían un fulgor desafiante, insolente; su actitud era casi agresiva-. Supongo que se refiere a nuestro común amigo más que a usted.

Haciendo un gran esfuerzo traté de responder a aquella mirada tan singular. Aún emanaba de su persona algo que imponía, pero que, al mismo tiempo, resultaba terriblemente atractivo. Me hacía pensar de nuevo en aquella Red invisible, en aquella oscura cortina de

gasa, en el poder que aguardaba inmóvil en el centro a su presa, en aquellas Entidades enigmáticas y monstruosas que se mantenían alertas y vigilantes a lo largo de los siglos.

-¿Se refiere usted al cambio que se ha operado en su actitud hacia la vida, a su marcha? -añadió Moleson en un tono más bajo.

Al oírle utilizar aquellas palabras, aquella frase precisamente, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No obstante, antes de que pudiera responderle, y a buen seguro mucho antes de que pudiera controlar aquel súbito terror que se había apoderado de mí, oí cómo continuaba en un susurro. Una vez más parecía hablar consigo mismo más que conmigo.

-Imagino que el alma tiene derecho a elegir las condiciones de vida y el entorno que más le convengan. El paso a otro lugar supone una traslación, no una extinción. -Se quedó un rato fumando en silencio; luego alzó la vista y, mirándome a la cara con una expresión de profunda seriedad, me dijo otra cosa francamente extraña. De nuevo su auténtico ser reemplazó a su pose cínica.

-El alma es eterna y puede elegir establecer su morada allí donde desee, sin tener para nada en cuenta la duración temporal. ¿Qué tiene este Presente superficial y vulgar para pretender arrogarse derechos exclusivos sobre ella? Hoy en día, ¿en qué lugar del mundo moderno va a encontrar las creencias, la fe y la belleza que son la misma esencia de su vida? ¿Dónde en medio del tráfago y la confusión de esta era de la vulgaridad va a encontrar su hogar? ¿Está acaso condenada a revolotear por toda la eternidad sobre este valle de huesos secos, cuando tiene un Pasado vivo al alcance de la mano, que la espera lleno de amor, lleno de fuerza y de gloria? -Se acercó más a mí y posó su mano sobre mi hombro. Sentía su aliento pegado a mi cara.

-¡Venga con nosotros, regrese con nosotros! -fue su terrible susurro-. ¡Aleje su vida de esta inmundicia, de esta anodina fealdad! Regrese y adore con nosotros imbuido del espíritu del Pasado. Haga suyos ese esplendor inmemorial, esa gloria, esos conceptos grandiosos; la maravillosa certidumbre, el inefable conocimiento de las esencias. Aún sigue estando alrededor de usted; llamándole, llamándole siempre; está muy cerca; le arrastra día y noche... le está llamando, llamando, llamando.

Su voz parecía irse perdiendo en la distancia mientras repetía aquellas últimas palabras; aún hoy a veces creo oírlas, con esa misma cadencia suave *y* monótona, intensa *y* apagada a la vez: le está llamando, llamando, llamando. Pero sus ojos tenían ahora una mirada perversa. Entonces sentí todo el siniestro poder de aquel hombre. Me di cuenta de que en su corazón y en su mente habitaba la locura. El Pasado que él trataba de glorificar yo lo veía negro, envuelto en la intimidatoria oscuridad egipcia de una plaga. Lo que me estaba llamando, llamando y llamando no era la belleza, sino la Muerte.

-Es real, no es un sueño -prosiguió, sin apenas percatarse de que yo me iba echando para atrás-. Esos símbolos en ruinas siguen en contacto con lo que existió en tiempos. Son tan potentes hoy como lo fueron hace seis mil años. Detrás de ellos rebosa aún la asombrosa vida de aquella época. No son simplemente unas moles de piedra que parecen aplastarnos, sino la expresión visible de grandes poderes a los que todavía es posible... *acceder.* -Bajó la cabeza, estudió detenidamente mi cara, y susurró algo. Por sus ojos pasó la expresión de quien se sabe conocedor de un secreto.

-Le he visto cambiar, igual que usted nos vio cambiar a nosotros -sus palabras parecían brotar desde algún lugar muy profundo-. Y ese cambio sólo lo puede producir la adoración. El alma asume las cualidades de la deidad a la que adora. Los poderes de su deidad la poseen y la transforman a su imagen y semejanza. Usted también lo sintió. También *usted*

estaba poseído. Vi el rostro de piedra de la deidad impreso en el suyo.

Creo que entonces sacudí todo mi cuerpo, igual que un perro que tratara de quitarse el agua de encima. Me levanté. Recuerdo que estiré mis manos hacia delante como si quisiera apartarle de un empujón y expulsar así de mi mente su insidioso influjo. Pero también recuerdo otra cosa. De no ser por la realidad de lo que sucedería más adelante y por el resultado práctico al que aún hoy tengo que hacer frente -la desaparición de George Isley, la pérdida para el tiempo presente de todo lo que George Isley alguna vez fue- lo que vi entonces bien podría haber sido motivo de risa. Sin lugar a dudas tenía algo de cómico. Sin embargo, era a la vez repugnante y terrorífico. Bajo una apariencia absurda acechaba un profundo horror, porque tras aquel mimetismo externo se ocultaba una gran verdad. Era espantoso porque era real.

En el gran espejo que reflejaba la parte de la habitación que se encontraba a mi espalda, vi la figura de Moleson y la mía, y algo más al fondo, junto a la ventana abierta, la de Isley. Los tres teníamos la postura de unos jeroglíficos que hubieran cobrado vida. Ciertamente yo tenía las manos estiradas, pero no en ademán defensivo, como había creído. Estaban estiradas de una forma... antinatural. Los antebrazos formaban un extraño ángulo obtuso, idéntico al que se puede observar en los antiguos relieves tallados en granito: las palmas de las manos estaban vueltas hacia arriba, la cabeza inclinada hacia atrás, las piernas adelantadas y el cuerpo rígido, en una postura que confería expresión a unas mentes antiguas y olvidadas. La configuración física de los tres era monstruosa y, no obstante, la tosquedad de aquellos gestos venía dictada por la reverencia y la verdad. Algo que se hallaba presente en los tres inspiraba la formas que nuestros cuerpos habían asumido. Nuestras posturas expresaban anhelos, emociones, inclinaciones ocultas -no sé muy bien cómo llamarlas- que el espíritu del Pasado había evocado.

Sólo vi aquella imagen refleja durante un instante. Inmediatamente dejé caer los brazos, consciente de lo ridícula que era aquella postura. Moleson se acercó a mí dando una de sus largas y elocuentes zancadas, y en aquel mismo instante, Isley, desde el lugar que ocupaba junto a la ventana, se aproximó rápidamente y se unió a nosotros. Nos quedamos mirándonos a la cara sin pronunciar palabra. Aquella breve pausa no debió de durar más de diez segundos, pero durante ella sentí que el mundo entero pasaba deslizándose a mi lado. Oí a los siglos precipitarse a toda velocidad. El presente se iba hundiendo en la distancia. La existencia ya no transcurría a lo largo de una línea tendida en dos direcciones; era un círculo en cuyo centro, nosotros mismos, en compañía del Pasado y el Futuro, permanecíamos inmóviles, pero con la posibilidad de acceder a cualquier instante temporal de forma inmediata. Los tres caíamos, caíamos hacia atrás...

-¡Venga! -exclamó la voz de Moleson con solemnidad, pero con la dulzura de un niño que ya anticipa un futuro gozo-. ¡Venga! Marchemos juntos, la barca de Ra ya ha cruzado el mundo subterráneo. La oscuridad ha sido subyugada. Marchemos juntos al encuentro del amanecer. ¡Escuche! Está llamando, llamando, llamando...

13

Sentí como un movimiento muy rápido; era mi propia alma que se aceleraba. Se estaba viendo sometida a unas transformaciones vertiginosas, indescriptibles. Las más variadas e intensas emociones fluían a través de mí a la velocidad del rayo, y antes de que pudiera

ponerles un nombre, ya las había experimentado en toda su plenitud. La vida de varios siglos caía conmigo hacia atrás y, como ocurre al hundirse, aquel arquetipo de la existencia superó en pocos segundos las empinadas laderas que con tanto esfuerzo había erigido el Pasado. Los cambios pasaban como una exhalación. Lloré, recé y adoré; amé y sufrí; combatí, perdí y triunfé. Descendiendo por la gigantesca escala de las edades, comprimidas en unos pocos instantes, mi alma se precipitaba hacia el reposo y la inmovilidad del Pasado.

Recuerdo algunos detalles nimios que interrumpieron el inmenso descenso... me puse el abrigo y el sombrero. Recuerdo unas palabras que alguien dijo... su extraño sonido me evocó el canto de un pájaro que despierta a medianoche: «Salgamos por la puerta trasera; a estas horas la puerta principal ya estará cerrada». También guardo un vago recuerdo

de la silueta del gran hotel, con sus columnatas y terrazas, que se iba difuminando a medida que lo dejábamos atrás. Aquellos detalles oscilaban un instante ante mis ojos y después desaparecían; era como si estuviera cayendo desde una estrella hacia la tierra y, en mi caída, fuera encontrando las plumas y hojas secas que el viento había barrido. Mi alma no experimentaba ningún rozamiento mientras se hundía hacia atrás en el tiempo; era un vuelo ágil y silencioso, como el de un sueño. Me sentía absorbido hacia abismos cuyo vacío no oponía resistencia alguna... hasta que, finalmente, aquella velocidad escalofriante comenzó a aminorar y el vuelo vertiginoso se convirtió en un suave flotar. De forma imperceptible se transformó en un movimiento deslizante, como si se hubiera producido una variación en el ángulo de la caída. Mis pies tocaron tierra sin ningún problema y comenzaron a andar por una superficie que se agarraba a ellos, acompañando cada uno de sus movimientos con un sordo rumor.

Alcé la vista y vi los brillantes ejércitos de estrellas. Delante de mí reconocí los sombríos montes de crestas aplanadas; a un extremo y a otro de ellos se abrían amplias parameras que también me resultaban familiares; junto a mí, uno a cada lado, avanzaban mis dos compañeros. Estábamos en el desierto, pero era el desierto de hace miles de años. Aunque una parte de mí seguía reconociendo a mis compañeros, tenía también la sensación de que eran unos desconocidos o, al menos, unas personas a las cuales sólo conocía muy superficialmente. Traté en vano de recordar cómo se llamaban: Mosely, Ilson; ésos eran los nombres que se me venían a la cabeza, los mezclaba. Cuando les eché una mirada furtiva, lo que vi fueron los contornos oscuros de unos muñecos carentes de sustancia. Sus movimientos reproducían los grotescos ademanes de unos jeroglíficos vivientes. Durante un instante me pareció que tenían los brazos atados a la espalda en una postura imposible y que las cabezas describían un ángulo cerrado sobre la línea de sus hombros.

Pero aquella impresión sólo duró un instante. Cuando los miré por segunda vez sus figuras volvían a ser sólidas y compactas, y sus nombres me vinieron de nuevo a la memoria; los tres caminábamos agarrados del brazo. Debíamos haber cubierto ya una gran distancia; me dolían las piernas y me faltaba el aliento. Corría un aire muy frío y por todas partes reinaba un silencio sepulcral. Más que avanzar con nuestros propios pasos, bajo aquella luz mortecina, la sensación que se tenía era que el desierto fluía bajo nuestros pies. Nos sobrepasaban riscos con crestas en forma de capucha; montículos de arena y enormes peñascos iban pasando de largo. Entonces, a mi izquierda, oí una voz; sin lugar a dudas era Moleson quien hablaba:

-Hacia Enet se encaminan nuestros pasos -dijo con un tono que era mitad canto mitad susurro-, hacia Enette-ntore. Allí, en la Casa del Nacimiento, consagraremos de nuevo

nuestros corazones y nuestras vidas.

Tanto su lenguaje como la entonación musical de su voz me embelesaron. Comprendí que se refería a Denderah, en cuyo majestuoso templo hacía no mucho que unas manos habían pintado con colores imperecederos los símbolos de nuestra relación cósmica con los signos del Zodiaco. Denderah era el grandioso centro donde rendíamos culto a la diosa Hathor, la Afrodita egipcia, la portadora del gozo y del amor. Su consorte, Horus, el dios de cabeza de halcón, era quien nos había imbuido de briosa energía en su mansión de Edfu. Además... nos encontrábamos en las fechas del Nuevo Año, la gran festividad durante la cual todas las fuerzas vitales de la tierra brotan en gozoso crecimiento.

Caminábamos por el desierto hacia Denderah, pisando las arenas de hace miles de años.

La detención del tiempo y del espacio venía acompañada de una sorprendente ligereza del espíritu, similar, imagino, a la que se experimenta en un estado de éxtasis. El alma estaba embriagada. Nada me separaba de las estrellas ni de aquel desierto que avanzaba con nosotros. El viento brotaba sin trabas de mis nervios y de mi piel; y las acariciantes ondas del Nilo, que brillaba con luz trémula a nuestra derecha, se recogían entre mis manos. Conocía la vida de Egipto porque la llevaba dentro de mí, me cubría, me rodeaba; yo formaba parte de ella. Marchábamos felices como pájaros que se dirigen hacia el amanecer. A nuestro paso, el tiempo no abría fosos ni intervalos que pudieran detenernos. Fluíamos, pero permanecíamos en reposo; estábamos infinitamente vivos; el presente y el futuro eran algo inconcebible; aquello era el Reino del Pasado.

Las pirámides estaban en construcción, y el ejército de obeliscos desplegaba su mirada en torno a sí, orgulloso de su equilibrio recién estrenado. Tebas abría sus cien puertas al mundo; Menfis, nueva y resplandeciente, se reflejaba con una miríada de destellos en las aguas que las lágrimas de Isis habían endulzado, y los cantiles de Abú Simbel ignoraban aún la gigantesca progenie que engendrarían. Tan sólo la Esfinge, uniendo la eternidad y el tiempo, se alzaba ajena y enigmática en un mundo propio. Marchábamos por la antigüedad camino de Denderah.

Cuánto estuvimos andando, a qué velocidad marchábamos o qué distancia recorrimos, son cosas de las que guardo tan poco recuerdo como del maravilloso torrente de palabras que fluía a través de mí mientras mis dos compañeros hablaban entre ellos. Lo único que sé es que, de repente, una oleada de dolor puso fin a aquella dicha maravillosa e hizo que esa paz, que yo creía imperturbable, se disipara. De pronto el sonido de las voces de mis compañeros me produjo espanto. Una sensación de temor, de pérdida, un desconcierto de pesadilla me fue invadiendo como si se tratara de un viento helado. Lo que *ellos* vivían de forma natural y sentían como verdadero en lo más hondo de sus corazones, *yo* lo vivía simplemente gracias a una afinidad temperamental. Había llegado la fase en que mis poderes ya no daban más de sí. Aquella desmesurada expansión de la conciencia hacia atrás que me había sido impuesta por otra persona había alcanzado su límite; la cuerda se había tensado en exceso y se había roto. A mis oídos sus voces sonaban ahora lejanas y horribles. Mi gozo había terminado. Un resplandor de horror alumbró el desierto y las estrellas cobraron una apariencia perversa. Un deseo angustioso de regresar a la seguridad y a la sanidad del Presente usurpó el puesto de todos aquellos anhelos descabellados de recuperar el Pasado. Perdí el paso de mis compañeros. El desierto detuvo su apresurada marcha. Me solté de su brazo. Entonces los tres nos detuvimos.

Aún hoy recuerdo perfectamente aquel lugar. Más tarde volvería a localizarlo e incluso lo fotografié. De hecho no se encuentra muy lejos de Helouan; a no más de una milla de la

Palmera Solitaria, donde las laderas de ondulante arena marcan el comienzo de un valle misterioso y cautivador que recibe el nombre de Wadi Gerraui. Y si aquel valle resulta tan cautivador es porque al llegar a él parece hacer señas y tirar de uno. Entre las desgarradas gargantas de ese desolado paisaje calizo se encuentra súbitamente un trecho de unas arenas amarillas muy finas que parecen fluir y arrastrar los pies hacia delante. No hay nada más sencillo que dejarse llevar por ellas; la siguiente cadena de montes y la siguiente cuenca se ven cada vez un poco más lejos. Actúa como un señuelo. Los peñascos parecen decir: «deténte»; pero la corriente de arena te invita a seguir. El flujo de sus meandros dorados posee una rara fascinación.

Fue allí, justo al borde de aquel valle, donde nos detuvimos cuando el ritmo de nuestra marcha se rompió y nuestros corazones dejaron de latir al unísono. Mi arrobamiento temporal había pasado. Sentía miedo. El Presente me embestía con fuerza y tenía la sensación de que mi mente se había detenido a un solo paso de la locura. Las brumas de mi cerebro se habían disipado y veía las cosas con más claridad.

Es cierto que el alma puede «elegir su morada», pero vivir en un lugar tan radicalmente ajeno era elegir la locura, y vivir divorciado de todas las dulces y saludables realidades del Presente era un exilio aún peor que la locura. Era la muerte. Se me partía el alma al pensar en George Isley. Recordé aquella lágrima que había visto caer por su mejilla. En aquel instante compartí con él la agonía de su combate. Sin embargo, él lo experimentaba en realidad, mientras que lo mío no era más que un mero reflejo fruto de la simpatía que me inspiraba su persona. Él ya había llegado demasiado lejos para seguir luchando...

Nunca olvidaré la desolación de la extraña escena que se desarrolló entonces bajo la luz de las estrellas matinales. El desierto se recostó y se quedó observándonos. Nos encontrábamos al borde de una pequeña cadena de colinas quebradas mirando a las doradas arenas de aquel valle. Unos veinte metros más abajo, iluminadas por el cielo estrellado, las arenas despedían una luminosidad tenue y maravillosa. El descenso no presentaba ninguna dificultad, pero yo no me moví. Me negué a dar un paso más. Distinguí la figura de mis compañeros bajo aquella luz mortecina; oteaban el espacio que se extendía más allá de aquel promontorio. Moleson se había adelantado un poco.

Me dirigí hacia donde él estaba, convencido de cuál era el papel que me correspondía desempeñar y, ala vez, dolorosamente consciente de la inutilidad del mismo. Me sentía como una brizna de paja que, en medio de una corriente, gira sobre sí misma en un fútil intento de detener el torrente de agua que la arrastra. El silencio que reinaba en aquel momento estaba preñado con todo el dilema de un intenso conflicto humano. Era un remolino detenido durante un instante en la gran masa de la marea. Entonces hablé. ¡Qué vergüenza sentí ante la insignificancia de mi voz y la fragilidad de mi pequeña persona!

-Moleson, nosotros no seguimos. Ya hemos ido demasiado lejos. Nos volvemos.

Mis palabras las respaldaban treinta míseros años. Su respuesta arrojó contra mí sesenta siglos. Su voz parecía recoger el sonido del viento que pasaba susurrando sobre las corrientes de arena que se encontraban por debajo de nosotros. Me sonrió.

-Nuestros pasos se encaminan hacia Enet-te-ntore. No hay marcha atrás. ¡Escuche! ¡Nos está llamando, llamando, llamando!

-Volvemos al lugar que nos corresponde -grité en un tono que, en vano, intenté que sonara imperativo.

-Nuestro hogar está ahí -salmodió mientras señalaba con uno de sus largos y flacos brazos en dirección al resplandor del oriente-. El Templo nos llama y el Río endereza

nuestros pasos. Llegaremos a la Casa del Nacimiento para encontrarnos con el amanecer..

-¡Miente! -grité de nuevo- ¡Ésas son las mentiras de la locura, y ese Pasado que busca no es más que la Casa de la Muerte! ¡Es el reino de los muertos!

La impotencia hacía que mis palabras brotaran de mis labios violentas y desesperadas. Agarré a George Isley del brazo.

-Regresa conmigo -le rogué con vehemencia, embargado de un dolor indescriptible por él-. Volveremos sobre nuestros pasos. ¡Vuelve a donde perteneces ¡Vuelve! ¡Escucha! ¡La dulce voz del Presente te está llamando!

Aunque creía tenerle bien agarrado, comprobé con espanto cómo su brazo se me escurría de entre las manos. Moleson se encontraba ya en aquellas arenas amarillas y comenzaba a perderse en la distancia. Se alejaba deslizándose con una rapidez sobrenatural. La disminución de su figura resultaba repugnante. Parecía un muñeco. Su voz llegó débilmente a nuestros oídos como si un abismo le separara de nosotros.

-Está llamando... llamando... Se la oye eternamente llamando...

El viento se llevó sus palabras hacia aquel valle arenoso y el Pasado inundó como un torrente el cielo que se iba volviendo cada vez más brillante. Sentí como si una tormenta se abatiera contra mi espalda, y perdí el equilibrio. Me tambaleé. También yo estuve a punto de caer a las arenas desde la altura de aquel inestable promontorio.

-¡Regresa conmigo! ¡Regresa a tu lugar! -grité, ya más débilmente-. Sólo el Presente es real. En él hay trabajo, ambición, obligaciones. También hay belleza, ¡la belleza de una vida digna! ¡Y hay amor! ¡Hay una mujer... llamándote, llamándote...!

Allá abajo aquella otra voz volvió a tomar la palabra. Desde detrás de los muros de arena se escuchó cómo entonaba suavemente un cántico. Estaba traspasado de una emoción dulce y arrebatada que me impresionó hondamente.

-Nuestros pasos se encaminan hacia Enet-te-ntore. ¡Nos está llamando, llamando...!

Mi voz se desvaneció en la nada. George Isley se encontraba ya por debajo de donde yo estaba, su diminuta silueta se destacaba sobre las sábanas de arena amarilla. Las arenas comenzaron a moverse. El desierto volvía a ponerse rápidamente en marcha. Las figuras humanas se alejaban raudas hacia el Pasado que habían reconstruido con el anhelo creador de sus almas.

Me quedé solo, observándoles con impotencia desde el borde de aquel promontorio de caliza que se iba desmoronando poco a poco. Comenzaban a alzarse en el cielo los rayos púrpura del amanecer, cuando fui testigo de algo asombroso. Envuelto en un resplandor de tonos dorados, azules y plata, el desierto, en toda su inmensidad, estaba cobrando vida en el horizonte. Las sombras púrpura se volvían grises. Los montes aplanados resplandecían. Los destellos de enormes mensajeros de luz aparecían por todas partes a la vez. El resplandor de la salida del sol deslumbraba mi vista externa.

Pero al estar mis ojos cegados, mi visión interior pudo concentrarse con mayor intensidad aún en lo que ocurrió entonces. Fui testigo de la desaparición de George Isley. La imagen que contemplé poseía una magia terrible. Aquellas dos figuras, pequeñas y distantes, se destacaban nítidamente sobre la concavidad de arena, como si fueran unos hombres en miniatura. Sus terribles siluetas, que parecían un repugnante parche, se distinguían con toda claridad, recortadas contra aquel inmenso paisaje de fondo. Aunque en términos de espacio real se encontraban bastante cerca de donde yo estaba, en materia de tiempo nos separaban siglos. A su alrededor se extendía una sombra difusa e inmensa que era algo más que la sombra de los montes. Se desplazaba reptando sobre la arena; los engullía, los borraba.

Habían quedado encerrados dentro de ella, como insectos atrapados en una gota de ámbar. Su tamaño disminuía, se los llevaba a las profundidades, los absorbía.

Entonces reconocí sus perfiles. De nuevo, aunque en esta ocasión reclinados y tendidos sobre el rostro del desierto, identifiqué las monstruosas formas de aquellos obsesionantes símbolos gemelos. Llegada la hora del amanecer, el espíritu de Egipto se esparcía formidable por todo el territorio. Había acudido a la llamada del sol. Se postraba ante la deidad. Las sombras de los imponentes Colosos también se postraban. Los dos pequeños seres humanos, con sus corazones devotos y entregados, estaban engastados en ellos.

Era a George Isley a quien se distinguía con más claridad. La nitidez y la viveza de aquella imagen producían un efecto devastador. Le habían desnudado, despojado; nada le cubría. Lo que vi era un esqueleto, cuyos huesos estaban tan limpios como si se les hubiera aplicado un ácido. Su vida se hallaba oculta en el ser de aquel poderoso Pasado. Egipto le había absorbido. Se había marchado definitivamente...

Apreté los ojos, pero no conseguí mantenerlos cerrados mucho tiempo. No tardaron en volver a abrirse sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Los tres nos acercábamos al gran hotel; aquel gran volumen amarillo, con todas las contraventanas cerradas, se alzaba frente a nosotros iluminado por la luz del amanecer. Desde el norte soplaba con brío el viento que atravesaba los montes de Mokattam. Nubes con forma de balas de cañón aparecían desperdigadas por el cielo, y al otro lado del Nilo, sobre el que se extendía un fino hilo de blanca niebla, vislumbré los vértices de las Pirámides, reluciendo como si fueran los picos de unas montañas de oro. Una hilera de camellos cargados de piedras blancas pasó a nuestro lado. Desde las calles de Helouan llegó a mis oídos el griterío de los lugareños, y mientras íbamos subiendo las escaleras, llegaron las recuas de borricos y se instalaron a un lado de la polvorienta carretera junto a su *bersim* para esperar a que los turistas los reclamaran.

-¡Buenos días! -gritó Abdullah, su dueño-. ¿A dónde irán hoy, a Sáqqara o a Menfis? ¡Día bonito, burros muy buenos!

Moleson subió a su habitación sin decir palabra. Isley hizo otro tanto. Creo que se tambaleó durante un instante mientras doblaba la esquina del pasillo y se perdía de vista. Su rostro lucía esa expresión de vacío que algunos dicen que expresa paz. Su figura parecía irradiar un resplandor. Al apreciarlo sentí un escalofrío. Con el cuerpo y la mente doloridos, y sin haber dicho tampoco ni una palabra, me decidí a seguir su ejemplo. Subí a la habitación, y dormí hasta pasado el anochecer, sin soñar en nada...

14

Desperté invadido de un sentimiento de pérdida y de tristeza, como si el reflujo de una marea me hubiera abandonado en la costa, dejándome solo y desconsolado. Mi primer pensamiento fue para mi amigo George Isley. Entonces me fijé en un sobre blanco en el que figuraba mi nombre escrito con su letra. Antes de abrirlo ya sabía perfectamente qué palabras iba a encontrar dentro: «Nos vamos a Tebas - se limitaba a informarme aquella nota- partimos en el tren de la noche. Si quieres...». Las últimas palabras habían sido tachadas, aunque no de forma que impidiera su lectura. A continuación venía la dirección de la casa del egiptólogo con quien se iban a alojar y la firma, escrita con trazo muy firme: «Estimadamente tuyo, George Isley». Le eché un vistazo al reloj; eran ya las siete pasadas.

El tren nocturno salía a las seis y media. Ya habían partido...

El dolor de sentirme abandonado, de haber sido dejado atrás, era muy profundo y amargo, pero el que sentía por él, por mi viejo amigo y camarada, era aún más intenso, porque ya no tenía remedio posible. El miedo y las emociones del tipo más convencional me habían detenido a las mismas puertas de una oportunidad asombrosa; de un estado de conciencia que permitía hacer del Pasado una realidad y despojarse del Presente, que permitía deslizarse fuera del tiempo y experimentar la Eternidad. Ésa era la seducción a la que había escapado debido a la mezquina resistencia de mi alma prosaica. En cambio él, mi amigo, al haber aceptado doblegarse para así poder mejor conquistar, había obtenido una recompensa espantosa. Sí, con una pena inenarrable, comprendía también cuál era la otra cara de-la moneda: la recompensa de la inmovilidad que no es más que puro estancamiento, la dicha imaginaria de una salida en falso, el sueño de encontrar la belleza lejos de las cosas del presente. Despertar de un sueño como ése debe ser verdaderamente duro. Al aferrarse a estrellas extinguidas, había abrazado el sueño más viejo de la humanidad. A mi modo de ver se había dejado llevar por ese engaño que consiste en negar la vida. La tristeza que aquello me producía me abrasaba por dentro.

Pero no quise «acompañarlos». Esperé su regreso en Helouan, llenando los días vacíos con explicaciones aún más vacías si cabe. Me sentía como un hombre que ha visto cómo un ser querido se hundía en unas aguas cristalinas y profundas, que le permitían seguir viéndolo allí cerca, aunque ya no hubiera posibilidad alguna de rescatarlo. Moleson lo había llevado de vuelta a Tebas; y Egipto, esa monstruosa efigie del Pasado, había capturado a su presa.

El resto es fácil de contar. A Moleson no le volví a ver. A día de hoy sigo sin haberle visto, aunque estoy al tanto de los libros que ha ido publicando, así como de la circunstancia, más bien banal, de que se cuente entre esos fanáticos ilusos y llenos de energía que instauran una nueva religión, obtienen cierta notoriedad, unos cuantos adeptos histéricos y, finalmente, caen en el olvido.

En cuanto a George Isley, tras quince días de ausencia regresó a Helouan. Le vi, le reconocí, hablé y comí con él; incluso llegamos a hacer algunas pequeñas expediciones juntos. Se comportaba con la delicadeza y el encanto propios de una mujer que ha amado un ideal maravilloso ylo ha alcanzado... en el recuerdo. Toda aspereza había desaparecido de su persona; su carácter era tan suave y estaba tan pulido como la superficie de un cristal que refleja todo aquello que se acerca lo bastante como para permitirle capturar su imagen.

Sin embargo, su aspecto me produjo una impresión que apenas puedo expresar con palabras: no había nada en él... *nada.* Lo que volvió de Tebas fue una mera efigie de George Isley, una máscara; la misma forma vacía que hoy pasea por las calles de Londres. No encontré ningún vestigio del hombre que en tiempos conocí. George Isley había desaparecido.

Con tan fabuloso autómata pasaría todavía un mes más. Ese ser espantoso fue mi acompañante en aquel hotel. Se movía entre aquella humanidad cosmopolita como un fantasma que visita la luz del día, pero cuyo hogar se encuentra en alguna otra parte.

Aquella imagen hueca de George Isley vivió conmigo en nuestro hotel de Helouan hasta que los primeros vientos de marzo debieron transmitir a su cuerpo el mensaje de que se avecinaban incomodidades, y que haría mejor en desplazarse a algún otro lugar; que en este caso resultó ser hacia el norte.

Y se marchó del mismo modo en que había estado... mecánicamente. Su cerebro

obedeció a los estímulos convencionales a los que sus nervios, y en consecuencia, sus propios músculos, estaban acostumbrados. Todo esto podrá sonar ridículo, pero lo cierto es que sacó mecánicamente su billete; dio las razones habituales y adecuadas en tales ocasiones mecánicamente; eligió barco y destino igual que lo hace la gente corriente; y como cualquier persona que deja a un conocido, se despidió expresando su «confianza» en volver a verlo pronto. Vivía, por así decirlo, completamente encerrado en su cerebro. Su corazón, sus emociones, su temperamento y su personalidad; esa suma total inefable de la que es responsable la gran empatía de nuestro sistema nervioso, o dicho en otras palabras, su alma, estaba en otro lugar. Aquel ser que en tiempos estuviera lleno de vigor y de talento, se había convertido en una persona normal y acomodaticia a la que todo el mundo podía entender: un hombre vulgar y corriente. Era precisamente lo que la mayoría esperaban de él: una vulgaridad, un buen tipo, un hombre mundano; «un verdadero encanto». Se limitaba a reflejar la vida cotidiana sin tomar parte en ella. Para la mayoría pasaba desapercibido: «muy agradable», era el veredicto general. Su ambición, sus inquietudes, su fervor habían desaparecido; ese entusiasmo inagotable cuyo motor es el anhelo le había abandonado, dejando tras de sí un vigor físico desprovisto de todo impulso espiritual. Su alma había encontrado su nido y había volado a él. Vivía sereno, indiferente y distante en la quimera del Pasado. A mis ojos se me aparecía inmenso, como una figura mayestática y borrosa que se mantenía erguida -¡sin moverse, ay!- en un reposo que era satisfactorio precisamente porque *no* podía cambiar. El tamaño, el misterio y la inmovilidad que le tenían enjaulado me parecía... terrible. No me atrevía a entrometerme en el espanto de su vida privada y entre nosotros no existía intimidad alguna. De sus experiencias en Tebas no le hice ni una sola pregunta; en cierta manera me parecía que no era posible ni legítimo; por su parte, él tampoco se dignó ofrecerme ni una sola explicación; al fin y al cabo era algo incomunicable a un habitante del Presente. Entre nosotros se levantaba una barrera que los dos respetábamos. A través de una oscura cortina de gasa, miraba la vida moderna sin curiosidad, apáticamente, con indiferencia. Él se encontraba al otro lado.

Las gentes a nuestro alrededor iban a Sáqqara y a las Pirámides, a ver la Esfinge a la luz de la luna, a soñar a Edfu y a Denderah. Otros describían sus viajes a Asuán, Jartum y a Abú Simbel, dando toda suerte de detalles sobre sus acampadas en el desierto. ¡Viento, viento, viento! Los vientos de Egipto soplaban, cantaban, suspiraban. Del Nilo Blanco llegaban los viajeros; y del Nilo Azul y del Fayum y de tantas otras excavaciones sin nombre. Hablaban sin parar y escribían libros. Tenían esa ávida forma de conocimiento propia de los tiempos presentes. Los egitpólogos, tanto los grandes como los pequeños, leían lo que estaba escrito en los muros *y* vertían los jeroglíficos *y* los papiros a las lenguas modernas. Sólo George Isley *conocía su* secreto. Él lo vivía.

Y esa apasionada calma, esa elevada belleza, la fascinación y el encanto que constituyen el embrujo de esta tierra triplemente hechizada, también estaban en mi alma; al menos lo bastante como para hacerme una idea de cuál era su estado. No podía abandonar aquella tierra, y ni siquiera cuando finalmente me marché conseguí mantenerla lejos de mí. Anhelaba el Egipto que él había conocido. Nunca hablé de ello; las palabras no podían expresar aquel sentimiento. Vagábamos juntos por el Nilo y cruzábamos los bosques de palmeras que se alzaban donde en tiempos se hallara Menfis. Las inmensidades de arena que se encontraban más allá de las Pirámides conocieron nuestros pasos; los montes de Mokattam, púrpuras al anochecer y dorados al alba, reflejaron nuestras sombras errantes cuando pasamos junto a ellos en silencio. No hubo ni un solo día en que se quedara en el

hotel cuando llegaba la hora del amanecer o del crepúsculo, y acabó siendo para mí un hábito acompañarle; el gozo que experimentaba su alma en aquellos momentos de adoración era algo maravilloso. Los cielos egipcios, grandiosos e inmóviles, nos contemplaban con sus racimos de estrellas, con su gigantesca bóveda azul; sentíamos juntos el ardiente viento del sur; la dulzura dorada del sol latía en nuestras venas cuando veíamos a los grandes barcos coger la brisa del norte para remontar la corriente. Por todas partes nos rodeaba la inmensidad y la magia dorada del sol...

Pero era sobre todo en el desierto, donde tan sólo el sol y el viento obedecen las débiles señales del Tiempo, donde el espacio no es nada porque no está dividido y donde ningún detalle le recuerda al corazón que este mundo se llama Presente; era, sí, en el desierto, donde aquella cortina que colgaba entre nosotros se hacía más patente, él a un lado y yo al otro. Entonces se volvía transparente. Él se encontraba junto a una multitud que ningún hombre jamás será capaz de contar. Alzándose hacia la luna y extendiéndose a la vez hacia atrás en dirección a la fuente ardiente de su vida, el espíritu de George Isley, arrastrado por el sol y por el aire cristalino hacia el interior de una vasta magnitud, permanecía suspendido a mi lado, próximo y sin embargo muy lejano, envuelto en las brumas de los tiempos pasados.

Y alguna vez se movía. Alzaba la cabeza como si escuchara algo. Balanceaba uno de sus brazos en dirección a aquel mar de montes quebrados. Desde muchas leguas de distancia una línea de arena se levantaba lentamente. Se oía como un rumor. Otro brazo inmenso surgía para encontrarse con el suyo, y las dos fabulosas figuras se acercaban la una a la otra. Suspendidos sobre el Tiempo, y presidiendo los siglos desde sus tronos: conocían la eternidad. Qué fácil les resultaba seguir siendo los señores de aquella tierra. Esperaban el amanecer mirando al oriente. Y su maravilloso canto olvidado se derramaba sobre el mundo...